

Poesía de Luis Cardoza y Aragón



BICENTENARIO
GUATEMALA
1821-2021

LECTURAS BICENTENARIAS | N.º 7

Poesía de Luis Cardoza y Aragón



BIBLIOTECA NACIONAL DE GUATEMALA
“LUIS CARDOZA Y ARAGÓN”

861

C268

Noriega, Enrique

Poesía de Luis Cardoza y Aragón / Enrique Noriega.
—Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes de
Guatemala, 2021.

198 p.; (Colección: Lecturas Bicentenarias, N.º 7/21)

1. Poesía guatemalteca

2. Literatura guatemalteca

I. t.

PRIMERA EDICIÓN | Guatemala: Editorial Cultura, 2015.

© Por la selección, Enrique Noriega, 2015.

© Por la presente edición, Ministerio de Cultura y Deportes
de Guatemala, 2021.

* EDICIÓN AL CUIDADO DE EDITORIAL CULTURA *
Francisco Morales Santos—Carlos Arrazola, asesor
editorial—M. A. Guzmán, P. Méndez-Moreno;
S. Alaya, K. Contreras, M. F. Toledo, corrección—
M. Díaz, W. González, A. Reyes, diseño de
colección—A. Reyes, ilustraciones de portada.

Impreso en Guatemala
Printed in Guatemala

ISBN | 978-9929-774-39-1

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, binario u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Poesía de Luis Cardoza y Aragón

Selección de Enrique Noriega

Prólogo de Luis Eduardo Rivera

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES

Felipe Amado Aguilar Marroquín
MINISTRO DE CULTURA Y DEPORTES

Cristhian Calderón Santizo
VICEMINISTRO DE CULTURA

Luis Adolfo Mijangos Recinos
DIRECCIÓN GENERAL DE LAS ARTES

Esta colección es posible gracias
al apoyo del Banco de los Trabajadores

Guatemala, 15 de septiembre de 2021

Estimadas amigas y amigos:

La conmemoración del Bicentenario de nuestra Independencia patria se constituye como una inmejorable oportunidad para que, como guatemaltecos, reflexionemos sobre los retos que hemos superado y, a partir de estas experiencias, construir juntos las condiciones necesarias que nos permitan transitar, como conciudadanos de esta bella patria, hacia el bienestar y el desarrollo del país.

En el marco de la conmemoración de esta fecha, el Gobierno de Guatemala a través de Editorial Cultura y el Banco de los Trabajadores, se complace en presentar la colección *Lecturas Bicentenarias*, la cual nos permite hacer un recorrido histórico por algunas de las principales obras de las letras guatemaltecas.

La publicación de este catálogo de obras es el resultado de un minucioso trabajo de selección, edición y diseño —liderado por el Ministro de Cultura y Deportes—, cuyo principal objetivo es el de reconocer el extraordinario aporte de

nuestra literatura a la literatura universal y contribuir al entendimiento de los distintos procesos que han configurado nuestra historia.

Les invito a conmemorar esta fecha a través de la lectura de estos fascinantes títulos, esperando que puedan compartirlos con familiares y amigos, a fin de contribuir a su amplia difusión, y que entre todos generemos un acervo que nos permita reconocer y apreciar la tradición literaria guatemalteca.

Atentamente,



Alejandro Eduardo Giammattei Falla
Presidente de la República de Guatemala

LECTURAS BICENTENARIAS:
UN RECORRIDO HISTÓRICO POR
LAS LETRAS GUATEMALTECAS

La obra que tiene en sus manos forma parte de la colección literaria Lecturas Bicentenarias, un homenaje y reconocimiento por parte del Ministerio de Cultura y Deportes a los hombres y mujeres que a través de sus letras han enaltecido el acervo cultural de Guatemala a lo largo de su historia. La colección forma parte de los actos simbólicos de la conmemoración del Bicentenario de la Independencia, y tiene como fin resaltar la riqueza literaria que se ha producido en el país desde antes de ser una nación independiente.

La historia política de Guatemala ha sido registrada en diversos espacios, en donde miles de hombres y mujeres han plasmado sus ideas, propuestas e impresiones sobre lo que significa este país, su gente, su identidad, su esencia y sus contradicciones. Políticos, intelectuales y artistas, cada uno desde su perspectiva ideológica y visión personal, han contribuido al enriquecimiento de las letras guatemaltecas y aportado a la literatura universal.

Esta colección no es una lista definitiva, ni mucho menos; es apenas una reducida muestra de algunas de las obras más emblemáticas. Faltan muchos nombres, pero no sobra ninguno. Desde la primera traducción al español del *Popol Vuh*, libro sagrado del pueblo K'iche', hasta *La Independencia: Su bicentenario (1821-2021)* —un recorrido histórico del antes, durante y después del proceso de emancipación—, especialmente escrito para conmemorar la efeméride por el maestro Enrique Noriega.

La línea gráfica de la colección se inspira en el majestuoso diseño arquitectónico del Centro Cultural Miguel Ángel Asturias, una de las máximas expresiones artísticas del país, que forman parte de nuestra identidad.

Guatemala, 15 de septiembre de 2021.

PRESENTACIÓN EDITORIAL

La tradición literaria de Guatemala es una de las más complejas, ricas y extensas de la región. Parte de la oralidad primigenia hasta alcanzar el texto escrito, atravesando y testimoniando su tiempo; a la vez que se asienta en la amplia diversidad de espacios culturales y lingüísticos sobre los que se cimienta la identidad de la nación.

En torno a los títulos que integran esta selección titulada *Lecturas Bicentenarias*, es necesario manifestar que, dado el contexto antes mencionado, resulta difícil hacer justicia a la totalidad de autores destacados en narrativa y poesía, por lo que todo intento antologador no es sino una aspiración, en lo posible, a resaltar los relieves del mapa de la literatura guatemalteca.

Esto no impide que, con motivo del Bicentenario de la Independencia de Centroamérica, nos hayamos propuesto integrar esta colección, de modo que sirva como una muestra representativa de los últimos siglos de la literatura nacional.

En tal sentido, este esfuerzo editorial abarca la antigua historia de los pueblos de Iximulew, la colonia, el proceso de independencia, el modernismo, las vanguardias estéticas y el pleno desarrollo de una variedad de estilos e influencias a lo largo del siglo XX.

El primero de los libros que conforman estas *Lecturas Bicentenarias*, redactado en el siglo XVIII, recupera la palabra milenaria de los pueblos mayas y evidencia la continuidad de la antigua expresión poética mesoamericana. Para suerte nuestra no fue Diego de Landa, sino el dominico fray Fran-

cisco Ximénez (1666-1729), quien como párroco de la iglesia de Santo Tomás Chichicastenango conoció el manuscrito original en k'iche' del libro que hoy conocemos como el *Popol Vuh* y lo tradujo al castellano.

Casi medio siglo después, en 1767, como resultado de la expulsión de los jesuitas en los territorios bajo el dominio de Carlos III, Rafael Landívar (1731-1793), miembro de la compañía, se exilió en Bolonia, donde escribió en latín eclesiástico una de las obras fundacionales de la poética de la Nueva España, la *Rusticatio Mexicana —Por los campos de México—*, título con el que se propone nombrar los reinos ocupados de dicha región, tal y como el mismo lo manifiesta al escribir:

Intitulé este poema Rusticatio Mexicana, ya porque casi todo lo en él reunido a los campos mexicanos atañe, ya también porque advierto que comúnmente en Europa toda la Nueva España recibe el nombre del de México, sin que se tome para nada en consideración la diversidad de reinos.

Mas en este opúsculo no tendrá cabida alguna la ficción, si se exceptúa la que presenta a los poetas cantando a la orilla del lago mexicano. Lo que vi, refiero, y lo que me han manifestado testigos oculares, por otra parte veracísimos. Cuidé, además, de verificar lo más singular de lo asegurado por la autoridad de los testigos oculares.

Seguido de este magno poema, se revisita las obras de tres representantes del siglo XIX: María Josefa García Granados —*la Pepita*— y José Batres Montúfar, cuyas infancias transcurrieron en la última noche del período colonial; y José Milla y Vidaurre, nacido justo un año después de la declaración de la Independencia.

La Pepita (1796-1848), nacida en España, es por derecho propio una figura fundamental para la poesía satírica y polémica.

mica, además de ser el primer antecedente documentado del feminismo guatemalteco, tal y como lo afirma la académica Aida Toledo en las páginas preliminares del volumen que reúne su obra. Por su parte, José Batres Montúfar (1809-1844), miembro de un familia aristocrática en descenso, políglota, ilustrado en la poesía europea, dejará una obra breve pero considerada central en el canon de nuestra región, en especial por sus *Tradiciones de Guatemala* y por el que es, probablemente, el poema más memorizado en la historia del país: “Yo pienso en ti”. La obra de este poeta fue recuperada gracias al esfuerzo de su amigo José Milla y Vidaurre (1822-1882), quien, por su parte, con sus novelas de carácter histórico es el primero en cultivar de manera sistemática el género narrativo.

En estos tres autores se evidencia una cultura muy amplia, un lenguaje puro y una imaginación aguda, que más que mover a los lectores a la hilaridad los lleva a conocer ciertas peculiaridades de la sociedad en las que les tocó vivir.

En el alba del desarrollo de la literatura guatemalteca de comienzos del siglo XX, resalta la influencia de varios escritores latinoamericanos; siendo el primero de estos el poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), cuya primera estancia se registra entre junio de 1890 y agosto de 1891, con visitas recurrentes entre 1892 y 1915, quien además, con apoyo del Estado guatemalteco, fundó *El Correo de la Tarde* en diciembre de 1890, diario que, a pesar de su corta vida, registró el encuentro entre el padre del modernismo y la emergente figura de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927).

Al destacar rápidamente como periodista, Gómez Carrillo encuentra en este espacio la oportunidad para salir de Guatemala e iniciar su trayectoria como corresponsal y trotamundos, que lo llevó a ser reconocido como el “Príncipe de los cronistas”. Su bibliografía registra alrededor de ochenta libros, de géneros variados, y su labor periodística abarcó paí-

ses de Europa, África del Norte, Asia y América, estableciendo un estilo propio por el cual fue elogiado en innumerables prólogos, estudios y reseñas de autores como Benito Pérez Galdós y Maurice Maeterlinck. Así mismo, en España dirigió la revista *Cosmópolis* (1919-1921) donde abrió las puertas a las primeras publicaciones y traducciones de jóvenes escritores latinoamericanos de la talla de Jorge Luis Borges, Vicente Huidobro y Enrique González Martínez.

Ante la irrupción del modernismo y de las vanguardias estéticas, Guatemala aporta una serie de escritores, de los cuales rescatamos para este tramo de la colección a Rafael Arévalo Martínez, Miguel Ángel Asturias, César Brañas y Luis Cardoza y Aragón.

Rafael Arévalo Martínez (1884-1975), el gran escritor modernista, realiza una mordaz sátira al sistema político de su tiempo con *La Oficina de Paz de Orolandia*, aunque su fama como gran prosista ya era ampliamente reconocida en el continente desde la aparición de su cuento “El hombre que parecía un caballo” en 1915. Miguel Ángel Asturias (1899-1974), el Gran Lengua, posiblemente el más universal de los escritores guatemaltecos, segundo escritor latinoamericano en ganar el Premio Nobel de Literatura, recrea un universo simbólico que rompe con las formas establecidas, convirtiéndole en uno de los pilares del realismo mágico. César Brañas (1899-1976), por su parte, fue un escritor prolífico quien desde su posición en *El Imparcial* impulsó el discurso literario emergente de la Guatemala de su tiempo. Sus libros *Viento Negro* y *Figuras en la arena* constituyen los más destacados de su extensa obra poética. Sin embargo, hemos optado por recuperar una faceta menos conocida de su escritura, como lo es su narrativa corta. Finalmente, cerramos la sección dedicada a los albores del siglo XX con una selección poética de Luis Cardoza y Aragón (1901-1992), con la intención de

evidenciar el papel y la influencia de este gran autor en los movimientos posteriores, tendientes a la vanguardia y experimentación, que surgirían a lo largo de la segunda mitad de la centuria.

A partir de este momento, se abren paso un sinnúmero de hombres y mujeres como Manuel José Arce y Valladares (1907-1970) —quien vuelve al verso clásico español—, Humberto Hernández Cobos (1905-1965) —cuyo poema *El Resucitado* publicamos con un riguroso estudio de la poeta y crítica literaria Delia Quiñónez—; Francisco Méndez (1907-1962), quien en *Cuentos de Joyabaj* recupera una parte importante de la oralidad de los pueblos del norte del Quiché; y Augusto Monterroso (1921-2003), premio Príncipe de Asturias de Letras del año 2000, máximo exponente del cuento corto, tanto dentro como fuera de las fronteras de nuestra lengua.

Gracias a los cambios suscitados durante los años 40 y 60, el clima literario guatemalteco ve surgir un estallido de voces y movimientos generadores de obras que serán relevantes para comprender las décadas siguientes. Para esta segunda mitad de siglo, incluimos textos de tres de las máximas exponentes de la poesía de su momento, protagonistas privilegiadas de los cambios que darían forma a nuestra sociedad actual: Margarita Carrera (1929-2018), quien además de ensayista y académica reconocida, fue consagrada por su desbordante y melancólica poesía, sobre todo por *Del noveno círculo* (1977); Ana María Rodas (1937), quien se catapultó al escenario de la literatura latinoamericana con *Poemas de la izquierda erótica*; e Isabel de los Ángeles Ruano (1945), poeta inabarcable, dueña de un exquisito lirismo que surca entre lo clásico y lo contemporáneo.

El viaje por la literatura de nuestro país continúa con *Cárcel de árboles*, una de las obras más representativas de Rodrigo

Rey Rosa (1958); y finaliza con dos obras que presentan una nueva escritura: *Eva y el tiempo* de Lorena Flores Moscoso (1974) y *Sq'aqaw yechel aqanej / Gemido de huellas* de Sabino Esteban Francisco (1981), escritor q'anjob'al, uno de los representantes más recientes de la continuidad de la poesía maya; cerrando así, el ciclo iniciado con el *Popol Vuh*, mas no la colección, a la cual se suma un estudio titulado *La Independencia: Su bicentenario (1821-2021)*, comisionado al poeta Enrique Noriega, con el fin de dar contexto a estas obras y de hacer un sumario desde la visión histórico-política del devenir del proceso de Independencia.

Así pues, *Lecturas Bicentenarias* es tan solo una breve panorámica de las obras que conforman nuestra tradición literaria, mas su importancia es de primer orden, tanto por la diversidad de obras como por el número de autores que la integran.

Estamos conscientes de que faltan muchos nombres importantes y esperamos la oportunidad para seguir añadiendo obras que permitan poner a disposición de los lectores guatemaltecos aquellos libros fundamentales para entender nuestro presente, desde el entramado de la memoria colectiva y la historia que compartimos.

El editor.

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN: UNA AUTOBIOGRAFÍA POÉTICA

Aún adolescente, a comienzos de la segunda década del siglo XX, Luis Cardoza abandonó Guatemala atraído por los vientos de renovación que soplaban en las grandes ciudades de Europa. Vivió desde dentro la efervescencia de la vanguardia en el París posterior a la Primera Guerra Mundial, el París de las propuestas extremas en las artes y de los años locos. Sus dos primeros libros, *Luna Park* (1924) y *Maelstrom* (1926), son, cada uno a su manera, ejemplos del radicalismo poético de las primeras vanguardias en ese Viejo Mundo que cambia de piel; dos osadas propuestas literarias realizadas con ímpetu juvenil dentro de una revolución del espíritu que transformó desde sus raíces tanto las formas como los contenidos del arte, la literatura, y en general, de la sensibilidad estética. El humor mezclado con el absurdo, el experimentalismo y la audacia formal, la mezcla de géneros literarios, el uso indistinto de poesía y narrativa en un mismo texto. Este último, un recurso del que echará mano a lo largo de su obra, tanto en verso como prosa.

Como renovador de la poesía en nuestra lengua, junto a otros eminentes talentos de su generación, Cardoza y Aragón desempeñó un papel importante: el de *passieur*, es decir, como heraldo de una nueva manera de poetizar el mundo. En sus búsquedas personales participó asimismo de la expansión del mensaje surrealista en nuestra lengua en su calidad de poeta, pero también como un inminente teórico de las artes plásticas en que se convertiría años más tarde. Sin embargo, fiel a su acérrima individualidad, el surrealismo que practicó no se apegó ciegamente a los dictados impuestos por André

Breton; tomó de éste lo que le convenía, lo que se adaptaba a su sensibilidad y vehiculaba de una manera más personal su mensaje poético.

El desarrollo de su poesía sigue también una trayectoria paralela a la de su evolución civico-política. De sus años juveniles en París, a la búsqueda de una voz propia, el deslumbramiento de tintes existenciales frente al mundo de sus primeros años parisinos; va evolucionando hacia cuestionamientos más universales y, sin duda, calando más a fondo en la problemática humana. Su regreso a tierras americanas tiene lógicamente consecuencias en este cambio hacia lo esencial: el encuentro con sus raíces americanas. En esta etapa hay menos audacia formal en su poesía y un notorio retorno a la tradición y a la versificación española a través del empleo del endecasílabo y del recurso de la metáfora como elemento privilegiado en el discurso poético.

La colección de poemas que componen *Quinta Estación* (1926-1930) es el producto de un periplo errático que va desde París, pasando por Nueva York. El impacto que le produce esa ciudad se materializa en ese extenso poema en prosa desbordante, de tinte surrealista o de una escritura cuasiautomática que es *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo* (1929-1930); una escala en Cuba, coincidiendo con García Lorca, hasta su destino temporal, México, donde el libro se publicará tardíamente.

“Radiograma a Don Luis de Góngora”, fechado en el emblemático año 1927, es una especie de guiño generacional al grupo de poetas que en años posteriores resultará decisivo en el cambio de piel de la poesía universal. Ese retorno a su lengua y a la cultura americana despierta en Cardoza la nostalgia de los orígenes, pero sobre todo la necesidad casi atávica por recuperar esa Arcadía, que es su propia infancia, tema que se volverá recurrente a lo largo de toda su obra. Ni la belleza cautivante y festiva del París vanguardista, ni la grandiosidad

urbana de los rascacielos neoyorquinos, ni la generosa acogida de un Distrito Federal en plena efervescencia cultural y política lograron marcar tan hondamente su memoria como los años de su niñez vivida en su ciudad natal, Antigua:

*Abre la puerta el rechinar de un grillo
hacia el cielo de cuentos infantiles.*

*Yo me alejé de ti como se alejan
inmóviles los árboles del río.*

“Ciudad natal”

*Yo me acuerdo de niño jugando con mis velas
sobre los mares de las sábanas y los mapas
[de las goteras.*

“Raíz al aire”

La niñez es un caos milagroso que necesita complejos monumentos verbales para que aflore su compartido prodigio trivial. Todo es enigma y repuesta simultánea que no defrauda e interroga nuevamente.

Dibujos de ciego

Poesía y autobiografía van unidas en la obra de Cardoza. No por nada la primera persona del singular es predominante en la mayor parte de sus textos. Pero no es un yo autocomplaciente, incluso si la carga personalista es evidente; es un yo reflexivo, que intenta ir hacia lo esencial, a través de temas fundamentales como la muerte o la soledad, tema al que le dedica varios textos

memorables en un libro homónimo de resonancias gongorinas, *Soledad* (1936). De este libro se destaca “Soledad de la fisiología”, una deslumbrante meditación sobre la eterna transmutación de la materia desde sus más ínfimos resquicios. Junto a *Canto de Guerra de las cosas*, de Joaquín Pasos; *El estrecho dudoso*, de Ernesto Cardenal; *Viento negro*, de César Brañas; y *Taberna*, de Roque Dalton, representa una de las aportaciones mayores de la poesía centroamericana al poema extenso en nuestra lengua. Comparable en su intensidad expresiva, en la profundidad de las imágenes y en su maestría técnica a *Piedra de Sol*, de Octavio Paz, o a *Alturas del Machu Pichu*, de Pablo Neruda. Partiendo de un término aparentemente árido, ajeno a la imaginación poética, que pertenece a la terminología de las ciencias naturales, Cardoza encamina su poema hacia niveles de reflexión raramente alcanzados en la lírica moderna en español.

*Yo he visto, sí, yo he visto,
con mis labios, mis sienes y mi lengua,
la infinita tristeza de los humildes huesos
y carne de mis pies,
de sus venillas rojas sobre su piel callosa
vencidas por mi peso,
cuya sangre, en su ciclo remoto,
ve sólo de vez en cuando el mundo por mis ojos.*

Igualmente, hay mucho de autobiográfico en el extenso poema “Rafael Landívar” (1950). El exilio es el estigma que ha marcado el destino del intelectual guatemalteco desde mucho atrás, pero sobre todo a lo largo de todo el siglo XX. A dos siglos de su muerte en Bolonia, Italia, los restos del gran poeta neoclásico regresan a su tierra natal. Cardoza establece un inevitable paralelismo entre este acontecimiento y su propia biografía. Ambos son antigüenos, ambos poetas desterrados

y condenados a morir fuera de la patria. En forma de elegía, el poema es casi un canto a sí mismo, a su tragedia personal, a su desarraigo.

*Y sin partir se fue. Y sin volver
volvió. Libre como nunca en su cárcel.
Como los buenos capitanes,
los poetas se hunden con sus naves.*

Protagonista, a lo largo de su vida, de relevantes acontecimientos políticos en su país y en el extranjero, resulta notable que siempre haya evitado encaminar su poesía hacia cualquier tipo de compromiso que no fuera la misma literatura. Su posición la deja clara en una entrevista, cuando advierte: “La política hay que hacerla, fundamentalmente, con actos y conducta, pues, ¿de qué sirven los falsos poetas haciendo poesía ‘revolucionaria’ si su conducta no respalda sus actos?”. No obstante, muchos de sus contemporáneos mayores —y sobre todo menores— derivaron hacia el panfleto, empujados por el tiempo convulsionado que les tocó vivir. Sin duda es por este gesto de honestidad con su propia obra, que la poesía de Cardoza y Aragón perdura e influye en las nuevas generaciones.

El libro que culmina esta antología, *Lázaro* (1994), reproducido aquí en su casi integralidad, es también el último de su producción. El poeta no ha perdido un ápice de su lucidez ni de su escepticismo saludable. Sabiendo su fin próximo, este último poema extenso puede tomarse como su testamento literario. Cardoza se libra aquí a una especie de revisión y recuento de sus temas preferidos, valiéndose de una doble perspectiva que confunde deliberadamente dos visiones de la existencia, la optimista y la pesimista. El yo que asume el discurso poético es Lázaro, el resucitado. Curiosa personalización de la voz de un poeta materialista y ateo en la figura

de un personaje del imaginario cristiano. Se trata de un largo monólogo sobre la incertidumbre de estar vivo y el deslumbramiento de vivir. La ambigüedad temática se mantiene a lo largo del texto, tanto en el desarrollo discursivo como en la elección de las figuras empleadas: la antítesis, la paradoja, o el oxímoron.

*Ni vivo ni muerto, desenraizado
De una dicha sin tregua navegante,
Informe de no ser ni luz ni sombra
Pez volador, muda alondra del mar,
Al diablo no me voy, en Dios no creo,
Vivo de soledad, de soledad me muero.*

Honesto consigo mismo hasta el final, antes de desaparecer físicamente, Cardoza y Aragón se rehúsa a legarnos el resobado mensaje de la bondadosa sabiduría de los años; no hay tal, su rebeldía intelectual sigue intacta. El mundo es una sucesión de hechos irreales en los que nos consumimos a diario, para luego renacer y repetir el ciclo absurdo de eso que llamamos vida. Lázaro en la piel de Segismundo.

Y he aquí la conclusión final a la que nos conduce esta obra póstuma: la afirmación rotunda que este gran individualista nos deja como herencia para comprender el eterno embrollo de Ser y de Estar en el mundo: “La poesía es la única prueba concreta de la existencia”.

Luis Eduardo Rivera
Lanmodez, Côtes d’Armor, Francia, agosto de 2015.



Luna Park

Berlín, 1923

III

A Jean Cocteau

Nos mata la Esfinge
Antes que darnos su pregunta.
¡Quién sabe
Si ella sabe
Que sabemos
Su secreto!

IV

A José Juan Tablada

Solitario,
Al salir de la fiesta,
Por las calles de París en silencio.
En mi lecho me habría revolcado de insomnio:
Me aburro dormido
Y me gusta vivir las auroras.

¡A orillas del Sena, en un puente,
O en cualquier boulevard,
Quiero que el sol bese mi frente
Y me encuentre cantando!

Por la tarde
Presentí pesadillas en la noche.
El sol,
Pastilla de perfume,
Quemábase en las torres de San Sulpicio.

Llovió.
Árboles, casas, luces, báñanse en la muda corriente del
[asfalto.
Está la ciudad canalizada.
París: una concéntrica Venecia.

Por la noche
París es más París.
Farolas de colores,
Cuentas de collar,
Penden del cuello de la gran ciudad.

Ignoraba mi ruta.
—¿En dónde estaba?—
¡Caminaba cantando!

El Sena suicida me guiñó un ojo
Mostrándome su suave corriente.
Por la noche fluye aún más mansamente,
También siente sueño.
No le hice caso:
Iba con París de bracero charlando...
¡Lástima que haya olvidado nuestra plática!
Mejor escuché
—¡Prometíame vida!—
La palabra
De una mujer que pasaba.
Me creyó un bohemio
Viendo mi *smoking*.
Díjela un piropo,
Cohete de luz,
Y eso fue todo.

Estaba orfanizado de la vida,
—Botón de Invierno—
Desprendido como una hoja de su árbol
En la lánguida estación otoñal.

Un arpa: el aire.
Todo cantaba.

Eternidades valían minutos.
Por instantes era un niño,
Por instantes un anciano.
Supe todo,
Todo,
Todo,

Cuando estuve beodo
Definí todas las cosas...
(Como si interesase definir todas las cosas)
La Vida: una pompa de jabón.
Sus incógnitas, tan sencillas y explicables
Tal las equis que hacían mis pies torpes.

El alba.
Carros de legumbres,
Olor de éter, hacia los mercados.
Mujeres desesperábanse de no encontrar un hombre.
Trashumante tranvía sorprendióme.

Pensé que el “metro”
Cansado de su vida monótona de topo,
Habíase salido a flor de tierra
Por vagar sin rumbo como yo,
Y a gozar la salida del sol.

Repentinamente
No sé si al doblar una esquina,
Era de día.



Maelstrom, *films* telescopiados

París, 1925

NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR EL *CLOWN* (FRAGMENTO)

*Les clowns me paraissent arrivés à la vraie
sagesse. Je devrais être un clown, j'ai manqué
ma destinée.*

Jules Laforgue

Muy señor mío: ¡He visto tantos batracios enamorados de la luna, subidos a una piedra, croar, lira en la mano, creyendo tocar el cielo con la frente! ¡Yo ni con sus millones me pagaría el lujo de ser tonto! Hay rápidos en buenas vías: embriaguez, sueños, éxtasis, rápidos bien intencionados que no llegarán nunca; mas, ¿qué importa, cuando se aman las catástrofes?

¿Cuál es el derecho? ¿Cuál es el revés? Mi alma, en un trapecio, fumando cigarrillos de boquilla dorada, oscila del *Sacre-Coeur al Rat Mort*, del Arco del Triunfo a la Morgue, encantada con la gracia suprarrealista y gongorina de su vida.

Desperté. Me despertaron. Me despertó el Creador. Me orienté: marioneta en decorados despreciables. Sentí mi imaginación hervir levantando dulcemente mis parietales. Las imágenes encandiladas venían a estrellarse a mis espejos curvos. Tiro de pichón. Las cazaba volando. Las recogía y las guardaba en una de las cuatro gavetas de mi corazón. Allí se galvanizaban: oro o plata. Las cosía haciendo collares para los pompierlandeses. No les gustaron sino hasta después del milagro realizado con la bandera de Picasso. Creían que si a un camello se le quita la giba ya no es camello (Chesterton). Ignoraban que la Naturaleza, mediana escolar, empieza a obtener algunas notas en los concursos de los hombres.

Me despertó Dios mismo, he dicho. Me despertó de un puntapié. Vime: rostro pálido, pantalones, alma, intestinos, poesía, inquietudes, sexo de varón, etc. Al doloroso puntapié respondí con una mueca de payaso. Ahora, cuando siento sus golpes, le contesto de igual manera: río, blasfemando callado, hágole una pirueta, sácole la lengua... Sus graves preguntas las respondo con chascarrillos. Cuando está muy serio, muy en sí mismo, póngole enfrente la impertinencia de mis espejos curvos.

A la manta inmensa de su circo le ha visto columnas y cimborrios de templos. Dios es un señor que no sabe bromear.

(Marcel Achard: *Le clown est un monsieur qui reçoit des coups de pied au cul*).

Laforgue hacía algo semejante: el dolor de los golpes recibidos, su “náusea universal”, la electrocuta con la sonrisita de todas sus páginas y de todas sus fotografías, económica sonrisita abierta en un extremo de los labios, maelstrom por donde el mundo se va a pique, barquilla de papel con carga paradójica. Mas cuando se le quitan sus pantalonotes estrellados de *clown* y el maquillaje de su rostro, vese su cuerpo tatuado con máximas de la Biblia y pensamientos de los pesimistas alemanes.

COMPLAINTE DE JULES LAFORGUE

Con beso sádico te desangró los labios la Eternidad,
[el Infinito:

he bebido, hasta estar ebrio, tus poemas:
idilios con las cosas eternas
y por las eternidades de un segundo,
canciones siderales,
infinito,
aproximación por decimales
de tu alma ahogada en el canto entero.
No eras, como pensabas,
la bengala de colores quemándose
para hacer señales que nadie respondería nunca:
alguien enterrará a la Tierra con tu poema.

Canto ninguno
mejor que tu risa,
no ha llegado hasta mí;
miel aún más dulce y aún más amarga que la miel de Heine,
miel de tu cuerpo, panal de ceniza
donde un sol difunto
vertió su luz ya muerta.
Sierrecita terca
de los pianos mecánicos
—vida cotidiana
¡si aún así fueras!—
formó el dorado serrín de tus *complaintes*.
Divino Laforgue,
pobre payaso triste,
¡oh, gran Jules!,
a pesar de que pusiste un pico nuevo a la rosa de los vientos,
en las manos se te deshizo como un trozo de hielo.

Reías por tu llanto,
llorabas por tu risa,
compensando el desequilibrio de tu alma paradójica.
Naciste viejo y nos abandonaste a los veintiocho años.
Tus poemas son de un viejo verde genial y ultrasensible
a punto de volverse loco por una chiquilla de catorce años.
Sobre tus palabras, al hablar,
mirábanse cabellos blancos.
Ananké, léíase en un muro de tu casa natal.
Tu cabeza, diamante,
rayó tu siglo de cristal.
¡Cómo te habría gustado ser el tipo creado por Chaplin!
Shakespeare no está lejos
y sin llorar ni reír,
hacer de nuevo ante el siglo grave tu vida:
el más humano de todos los desplantes.

Tu *cafard* fue un suicidio impremeditado,
y viendo tu luna inquietante,
gato negro de Baudelaire,
oí tu risa,
llanto risueño de una *complainte* tuya.
Redimiste a la luna tatuándole tu corazón
en la mejilla.
¡Ah, que la vie est quotidienne!
reías
encarnando poesía
en lucha absurda y desigual contra Dios mismo,
a pesar de que mejor que tú nadie ha sabido,
entendido,
sentido,
que sólo somos hombres.
¡Y cómo te extenuaste por dejar de serlo;

sorbían tu carne por llevarte hasta ellas,
con inmensa angustia, todas las estrellas;
cuando te nos fuiste estabas tan puro y tan divino
que faltó muy poco para conciliar lo inconciliable!

El formidable Conde de Lautréamont a quien Dios hacía correr en la pista del circo universal y romper aros forrados de papel, tomó la cosa demasiado en serio y un día le lanzó un libro de magníficas protestas.

Mientras todos, en la barraca de Dios que tiene este letrero con grandes luces rojas:

AUX BONS TIREURS

obedecíamos a los estatutos, rompiendo pipas de yeso o perforando cartones, Ducasse, fusil en la mano, decidió vengarse.

La invitación es general: por eso escribo. Hasta hoy nadie ha pegado en el centro del cartón esencial. Ducasse, despierto desde muy niño (puntapié formidable), en vez de romper pipas o agujerear cartones, tiraba a las posaderas del feroz propietario.

Viéndome en el circo pensé que era mejor mi solución. A todo le encontraba cierto artificio delicioso. Por todas partes se siente ese olor a establo de los circos, ese olor de las fieras, ese olor a circo de los circos. ¡El hombre ha colaborado tanto con Dios! El Arca, el primer circo del mundo dentro del enorme circo. Noé, precursor y Patrono de domadores. Cuando tomo el metro me siento en una montaña rusa de burgueses.

El *clown* nació, como Nuestro Señor, entre dos animales: el canguro, paradoja marsupial, y el salomónico elefante, de piel no fabricada sobre medida y con pantalones de marino yanqui.

Entre los ojillos de sexta magnitud del elefante una estrella blanca pintada en el cielo pizarra de su frente guió a los tres Reyes Magos del Niño *Clown*: don Quijote, el Rey Ubu, y el Rey de Copas, que también venía por los otros tres reyes de la baraja.

Presentes: aros, globos de colores, trajes abigarrados, pelucas, muletas, etc., etc. Y vinieron animales para el rito. Cebras con arlequines, vistos por detrás, parecían centauros en carnaval. Asnos, *clowns* de los caballos. Camellos montañosos. Jirafas eiffélicas. *Ponys* bellos y melenudos, mujeres de la Laurencin. Otros, un mechón de crin en la frente, parecidos a Barrès.



Quinta Estación

México, 1927-1930

V

Ni la sutil mañana o la maciza
noche que por mis pies sube a mis ojos
ni las trompetas claras del Estío
ni el duro Invierno nivelador
que hace a la Primavera rastacuera
ni el Otoño que ahonda su estupor
en estoico morado y amarillo.

¡Oh!, ramos transparentes del afán
y de la sed sin término y sin forma
sólida luz entre la eterna niebla
tiempo mío siempre sin experiencia
colmado de la flora de los polos
y pájaros de cantos y alas sólo.

Todo se ahonda dentro de ti mismo
mental —fruto primero flor después—
arrecifes de liras y heroísmos
por mi sangre y mi sueño a la deriva.

¡Corazón del mundo al fin encallado
dentro de mí! Isla fuera del tiempo
azar seguro en que me encuentro
solo con mi yo más yo que yo mismo
cierto como los números tranquilos
sí soledad Robinson sin retorno.

RADIOGRAMA A DON LUIS DE GÓNGORA

¡No sé verdaderamente cómo imaginarle, claro y
[enorme amigo!

Le veo en un jardín de orquídeas, Júpiter jovial,
un haz de infinitos en la mano.

Como un laberinto de espejos poblado de sirenas,
como un gran caracol marino,
como un gigante con temor de niño,
como una guillotina que cortase rosas,
como un calidoscopio de ternuras.

¡No sé verdaderamente cómo imaginarle!

He ahumado mis lentes para verle mejor.

Su verso madreporico, lleno de miel y alcohol,
me ciega... Aladino enloquece en su cataclismo de milagros:
usted es el más antiguo ejemplo de movimiento perpetuo
y el más moderno de todos los poetas.

Sus versos: claros peces en globos de cristal,
maravilloso acuario,

todo es en usted terriblemente oceánico,

¡oh pulpo con manos de ángel!

Temo al abrir su libro que los versos vuelen;

Mallarmé escribió su vida —simple y maldita—

con plumas de las alas de esos pájaros de sol.

Abrió usted las esclusas del cielo

y el cielo nos diluvia

llanto delicado:

¡qué canto el suyo, capilar y concéntrico, universal,
con el centro en todas partes, como decía Pascal
de los espacios!

La Villa Láctea de su canto es futura maravilla
de cotidiana aurora como el sol.

El tiempo para usted no existe.

Vertiginosa, horizontal caída
inmóvil en el estupor vacío,
más pulido y mate que el silencio,
como perpetuo punto de partida.

Algo que no es ni sueño ni agonía,
ascua inmortal a hielo condenada:
los deshollinadores del infierno

como la lluvia en el mar o la hierba
creciendo sobre la derruida tumba
nievan la nieve negra del olvido.

2

Siento caer la nieve de la luna,
absorta tristemente como el tiempo.
Caer sin tregua, siempre igual, oscura
y olvidada en su infinito desierto.

Callada nieve en el vacío, muerta
y aterida como una catarata
de duelos y azules amapolas
sin forma ni existencia eternizada

en el hueco inmedible, cortinaje
sin principio ni fin, lenta, muy lenta-
mente cayendo, como la mirada

que nunca llega y nunca se va
del ojo inexistente que la llora.
Soñando están mi soledad y el mar.



Cuatro recuerdos de infancia

México, 1931

IV
CIUDAD NATAL
GUATEMALA LA ANTIGUA

A César Brañas

Abre una puerta el rechinar de un grillo
hacia el cielo de cuentos infantiles.

Yo me alejé de ti como se alejan
inmóviles los árboles del río,
agitando en la orilla su pañuelo,
pasajeros y adioses a un tiempo.

Desembocando, ahondan los caminos
tu caudal, navegable Soledad.
No existe el tiempo, estar. ¡Ya todo es!

Días de otro mundo. Cielo sin sueño: nunca parpadea.
Noches como bostezos pavonados,
céntricas a todas horas,
indelebles, infinitas y maduras.

Tú, con tu imprecisión, en un trapecio
colgado de un día y de una noche
altísimos, profundos y sin dueño,
meciéndote muy amplia y lentamente,
rumiando tus monólogos de humo.
Porque ya no eres sino el eco
de tu sombra sin cuerpo,
eco de luz, sombra de voz, remotos.
Se está más solo que en ninguna parte,
hasta sin sí, solo, sin soledad
ni profecía, ausente, por nacer,
sin cósmico fervor de nebulosa.

¿Cuándo subirás a la superficie
de la tierra, del cielo o del mar,
desde ese rumbo en donde vas, nocturna,
a ver el sol de limbos inocentes?
¿Esperándote está, ya olvidado,
de pie, dormido como un faro,
en no sé qué península de sombra?

Ya no te acuerdas, ya no sabes
si la cita fue ayer o si es mañana,
tu duda diariamente renovada
en tu alterna memoria: sí y no,
al fin ya resbalada en un Tal vez
pálido, transparente y maleable.
Silencio liso, estirado, de lago,
de frase interrumpida,
tan diáfano que todo está más cerca.

Distancia paralela a la mirada:
ráfagas de infinito alicortadas

voltean los paraguas.

Alto cenit que llega al otro lado
gritando: “¡Sí!” con íes pararrayos.
Nadir, vórtice de rumbos nocturnos,
magnavoz de tumba gritando: “¡No!”.

Tú, en medio, como una margarita
de nuncas, en el aire de tu ensalmo.
A veces, parpadeas: días, noches...
Te olvidas.

De improviso, cinco, veinte
días juntos, desmoronándose;
trece, cuatro noches telescopiadas
con peregrina violencia oscura.

Un sueño de medusas y cristales
de parte a parte espejos atraviesan:
se ve de qué están hechos los cantos de las aves,
los del agua, diáfananamente ocultos.

Por aullidos de perro desgarrada,
Soledad transparente, enmohecida
y amarga del hastío de ti misma,
musgos mendiga tu piedad cansada,
ecos del canto donde fue mentida
mi niñez, subterránea entre tus manos,
torturada en la cima del ansia.

Eras la única ciudad del caos:
se estaban terminando tus palacios
cuando por tierra se construían bóvedas

y columnas que el viento interrumpía.

Yo sé que en tus iglesias fermentadas
de sombra se ahogan las ventanas;
que dentro de un salto estás construida
con derrumbos de rumbos y campanas nubladas.

Que tienes cielos propios
con un tiempo que escapa a los relojes,
anterior al planeta y a ti misma,
náufraga de la luna medieval
robinsona fría en la tierra enfriada.

Juegos de niños huérfanos
coloran tus mejillas.
Eres un cuento de hadas jorobadas.
Vives porque te están soñando ellas.
Soñándote hasta el límite
de un globo de jabón.

Con tu alma imperativa de pecados,
tus mujeres desnudas por las calles
en que vas dulcemente corruptora,
en caracoles babosos de sombra,
lenta, sin pulso, con las manos yertas
sobre escapularios o rosarios
y con ropa interior de bailarina.

Cerraste tus lindes, flor carnívora,
un proyecto viviendo de ti misma:
de nuevo niña sin palabras mágicas.

Las olvidaste. Pero, al fin, ¡ya!, ¡ya!,

vas a recordarlas. Van, inminentes,
a saltar de la punta de tu lengua.

...Prorróganse fundidas en tu sangre
y ocultas en la arena del desvelo.
Te hundan hasta el fondo de ti misma
lastrada, sin sorpresa sorprendida.

Se oyen crecer las uñas de tus muertos,
los chorros de las fuentes que sostienen
bailando un tiempo de oro redondo
y sin valor alguno;
tus días desmayados en cojines
de miel y aburrimiento,
y mis gritos que se hacían añicos
con las lentes acústicas creciendo
de arcadas y de cúpulas.

No te muevas.
Lloraría hasta el viento.
Con sólo respirar se rompería
tu equilibrio de telaraña.
Y así, como estás en mi recuerdo,
¿quién te reconocería?

Sin Adelantado ni Pepe Milla,
con canales de fieltro,
tus habitantes ciegos,
llena de cisnes negros,
con tu cielo sin peso en que los muertos
se hundan hasta el fondo,
más muertos que en cualquier horizonte,
¿quién te reconocería?

Sólo sé que eres puerto,
que te habitan las Parcas
y es corpórea tu ausencia,
que reyes de barajas te coronan
con cenizas de luz y lutos fríos.

Me gustas como estás en mi recuerdo:
con fechas olvidadas
y estaciones con grifo,
y vestida de seda por el aire,
Salomón, como el lirio de los valles.

La Primavera, repentinamente,
se ha roto en aneurisma de colores.
Ahora te quiero a orillas del mar,
con nieve, hecha isla,
y navegable tu río de arena.
El cielo se me llena
de bronce de campanas.

La Colonia, cuadro de sacristía,
y el Hermano Pedro ¡que duerma!
¡Dinamitas de luz y cegadoras
voces contra tus murallas de légamo!

Te encontré para nacer, yo, tu arqueólogo.
Y te encontré en el aire sin buscarte,
en el viento, sin que existieras,
detrás de tus balcones prisionera,
borrosa reina de moneda antigua
sepultada en el tacto de los años.

Yo te encontré en el filo de una flecha
de obsidiana, sin leyendas, con nubes
verdes y grises y con patios húmedos,
como de un barrio triste
de un Londres construido por los árabes.

Tú, en la luna, con casas de alegría,
aéreas, subterráneas,
invisibles por pausas de vals fúnebre.

¡Cuánto cavé para encontrarte! ¡Para
rescatar tus palacios transparentes,
tus estatuas de éter!

En ti viví el momento de un grito,
ausente por el vuelo de un pájaro.
Tenía, entonces, yo manos de vidrio,
y tú, rudos martillos.
Ángel de las ortigas y los lirios,
no te muevas, que como estás te quiero:

lunar, mental, intacta,
tan igual a ti misma en mi recuerdo
más que tú misma.

Quédate dura, exacta y taciturna,
con mi niñez de platino y de niebla
en tu claro de tierra resbalada.



Entonces, sólo entonces...

México, 1933

II

La voz del caballo.
La voz del hombre.
La voz del ángel.

Centauro con alas
que nunca he visto
y que me habla.

Más allá de la lluvia con tu imagen
entre sus gotas triturada;
donde la presencia del cielo delinear se pueda
con voz sin litorales.

Avergonzado,
el mar se perfecciona.

El viento inventa abecedarios
el pico de los pájaros colgado.

De la voz a la frente
se oye la sombra de la muerte.

Salvarme con el triptongo de tu voz,
como el mar con las áncoras.

XVI

Oh qué vano empeño quererte reducir
a imagen, a mito, con palabras.
Tú, concreta, imposible al ala y al canto,
a una altura sin pájaros exacta.

Sé que eres palacio entre la flor y la espina.
Sé que te buscan los que han muerto,
fatigando distancias que vencen a la luz.
Sé que haces reposar el frío en la nieve,
que amanezca en las conchas antes que en oriente.
Que derrumbas la noche en las tumbas
en el preciso instante en que me nombras,
cuando todo el mar está dormido.



Soledad

México, 1936

VI

Solo está el hombre.
Solo y desnudo como al nacer.
Solo en la vida y en la muerte solo,
y solo en el amor,
con su sueño, su sombra y su deseo
—ángeles inclementes—
anegado de soledad y de alegría.
¡De alegría!, desnuda soledad,
como la del dolor y del misterio.

Cuando el tiempo es tan puro que inmóvil se ha callado
en el fondo del alma,
para que no lo empañe ni el suspiro de un ángel;
cuando su transparencia ilumina la muerte
y lúcida sonrío con su tierna aspereza;
cuando nada ni nadie nos retiene ni sacia
y es la vida voluntario olvido,
desmayada insolencia,
tu pasión me congrega, soledad,
pasión de desahuciado, pasión de siempre viudo,
oh diosa de piedad humana,
oh mi siempre virgen joven madre,
y con la sangre ciega del silencio
maduramos el fruto de la flor del sueño,
siempre viva.

Solo está el hombre,
con su sueño, su sombra y su deseo.
Llega a ti, soledad,
dulcemente herido por la esperanza,
buscando el polvo de oro de tus mares más jóvenes,
consuelo a su abandono,
refugio a la ignorancia de su alma.

La piedra tiene compañía,
pero el hombre busca su patria.

La flor del sueño, siempre viva.
¡Siempre viva!
Y no hay fruto ni tierra prometida.

VII

En tus playas de amargo frenesí devorante,
llenas de nocturnos lirios de estupor yacente,
mi corazón, sombrío y definitivo,
muriéndose de sed y de verdad,
desbórdase en tus manos infinitas.

Te amo cual si fueras
mi eternidad sin límite posible,
toda la ternura prohibida de la tierra,
mi infalible muerte,
veraz, como tus muslos de amargura
y la innombrable ausencia de tu beso.

Eres isla sin rumbo, desterrada,
ya casi sumergida por mi lunar marea.

y siempre casi póstuma, concreta como un mito,
oh fuego murmurado, opaco, ¡tolerable!,
espacio arrepentido de infinito.

Con avidez de náufrago,
como única verdad, primera y última,
sigo tus claras huellas, luceros de la tierra.
Y ya no puedo amarte sin sollozo y sin ira,
sin mi dolor de pájaro,
tenaz, amargo topo de los cielos,
y sin darte mi vida.

Oh mujer vegetal, oceánica y celeste,
maravilla de escorias encendidas,
ya casi siempre muerta,
ya casi siempre viva,
desnuda de verdad primera
y siempre suficiente.

VIII

He nacido en el humo,
en el choque de un milagro con otro,
en la única muerte que me tuvo.
He besado el casco del caballo,
el mar, el llanto y el estiércol.
He golpeado con mis pies y mis sueños,
las piedras y los dioses,
otros pies y otros sueños.
He comido mi muerte,
el tierno fruto, el plomo.
Y he muerto en todas partes,

como la lluvia, el trigo:
triste, fecundo, solo.

Os recordaréis de mí,
hombres futuros.
Os recordaréis de mí,
soledades de mañana.

X

Yo te acompaño, soledad hermosa,
cuando más desoladas entre las olas
tu negro sol sonoro, única rosa,
apaga sus sombrías caracolas.

Entonces, en tu espacio de amapolas,
viva ceniza y persistente esposa,
como un ángel de olvido y barcarolas,
ciega, incandescente y silenciosa

trazas sobre el espejo, con neblina,
el signo pensativo de tu gozo
de roca florecida que es tu imagen.

Sólo tu imagen veo, repentina,
natalmente hundiéndose en sollozo
en tu imagen de espejo sin imagen.

SOLEDAD DE FEDERICO GARCÍA LORCA

Vegetal y marítimo, tu imagen es la espiga,
oro fecundo y voz que no tiene el caballo.
Tu niñez de campana, de misterio y de fuente,
la ternura del lirio desmayado en la sangre.

Fuiste como la miga, sencillo canto mudo.
Llena de sal la herida, tu soledad cantaba
sobre un páramo abierto, desolado y justo,
donde toma la luz su claro rumbo cierto.

Pienso en Lope de Vega y el suave Garcilaso.
En su risa y su llanto, sus sueños y su muerte.
Yo siento que ellos fueron como tú, Federico,
con su sencillo trato y su dolor sagrado.

El diamante no ciñe tu elemental presencia.
Se recuerda de Apolo y se olvida del árbol.
Helada geometría donde la luz se exalta
torturando la piedra, coronada de gloria.
Tierra en flor tu palabra, tierra de fuego y canto.
Nada dejó la huella de un inútil lamento.
Nada. El mundo vano con su noche sin límites
fue la angustiada angustia de un amor perfecto.

Una angustia parada, ternura mineral
manifiesta en el mar, en el color del cielo.
Herido saltas como el rizo en la garlopa,
puro y perpetuo, lleno de mañana y congoja.

Tus pájaros de sangre huyendo desolados
de su raíz amarga, yéndose por tus labios,
por tus pies y tus ansias que en el aire cargaban
la presencia segura, infernal de la nada.

Inmensamente solo. Solo como el ombligo
de tu tierra natal. Solo como el amor
del olvido y el tiempo, del sueño con su erizo,
de tu fiebre de musgo y de planeta oscuro.

¡Ay!, tus manos, dos deltas de pasión y agonía
donde todos los frutos ardieron de dulzura.
Qué extraño acento, qué delicada miel ácida
¡y qué amanecida premura de milagro!

Transparente martirio de arenas y luceros,
de árboles del sueño en la luz de los ángeles.
Todo aquello que sufre su destino de vida
no tuvo otro consuelo que tu amor y tu llanto.

Muy cerca de la tierra, muy cerca, hincado en ella,
ya mineral del cielo, memoria prodigiosa
del pedernal primero, veraz, que engendró el fuego,
entre las manos púrpuras de ángeles rebeldes.

¿Qué no fue en ti milagro vivo en tu muerte muerta?
¿La huella de un tránsito y su lento reposo?
¿Incendio de lo eterno, sin fin muerte pequeña?
¿Su cruel llama mojada, inacabable y yerta?
La muerte está contigo, grávida de tu amor.
En ella te engendraste, hijo y padre tú mismo.
Y te parió en su noche, virgen y sin dolor,
como una diosa madre amante de su hijo.

¿Más hondamente quién sintió las aguas mansas
del río interminable que se va y no vuelve?
El río de la muerte te corría por dentro,
llegaba hasta tus ojos y saltaba hacia el mundo.

Tu muerte la viviste con pasión meditada,
esbelta y distraída, como el sueño de un río.
¡Paisajes de la muerte, de ceniza sin término,
con su adiós que no acaba y su violeta inmóvil!

Sonrió la tierra en ti. ¡La muerte y su alegría!
Su vino de penumbra, de mar y de amapola.
¡Tu vida y su alegría!, lucero de la gracia,
como una eterna piedra con entrañas de niña.

Cante-jondo de Grecia, lealtad de la columna,
pura en su desnudez, cual una llama herida
lentamente asombrada de lenta sombra dura.
Tu destino andaluz plantó nobleza antigua.

Yo sé que en tus manos encontraron abrigo
los barcos naufragados y los sueños inútiles.
Piedad de blancos lienzos ciegos y de hisopos.
Sobre la llaga terca se apagó la estrella.

Yo recuerdo el caballo por la luna enemiga
de par en par abierto, barriendo con entrañas
vidrios y sed de arena, derramando su tibio
y perfumado estiércol, como un dolor de oro.

Recuerdo los altares y sus secretos lagos
de ocultos manantiales. Que bajo de las ropas
de los dioses hay fangos y pústulas divinas

de cielos naufragados y de encendida sangre.
Yo recuerdo el vellón manchado del cordero,
vértice de locura, ¡oh dulce vida amarga!
En la cópula extínguese el último lucero.
Una campana, un pájaro. Yo te recuerdo. ¡El alba!

En tu boca de polvo ya tiembla la simiente.
La luz te conmemora con su ingenua alegría.
Tu lengua, no sé en dónde, una vid y una fuente.
Y por todos los montes el laurel te reclama.

Tierra de luz y olivo, clavel y soledad,
que hoy le soñáis teniéndole en los brazos:
ya no cantan las aves como cantaron siempre,
más dura está la piedra y está más solo el mar.

ANIMALES DE LA SOLEDAD

Yo sé tus animales preferidos:
el toro, el ruiseñor y la gaviota.
Ellos juntan las muertes de las olas
agobiadas de ámbitos y ahíncos.

Entre la media luna y el mugido,
en la frente del toro, está la muerte:
es un lucero alto, solo y resplandeciente.

Cubre la tibia roca negra seda.
Praderas de ternuras y de mitos
en su floral entraña se sublevan
hasta el cielo que rumian sus ojazos de niño.

Yo le he visto lamer los terneros,
untarlos de mañana y de saliva,
dramática su voz buscando trinos,
ya vuelto del revés, la carne viva.

En los túneles de sus rojos huesos,
esperma y sangre sueñan su amanecida forma.
¡Ay cómo sufre, dulce, limitado
por pezuñas y astas y mugidos!

El ruiseñor es una flor tronchada.
Voz despierta de mineral con alas.
Una gota de sangre de toro y de lucero.
Yesca de canto de perpetua llama.

Una gaviota muerta y un mugido.
Una estrella de mar en la mañana.
Arde, por fin, la piedra ¡canto y ala!
Duro copo canoro de infinito.

Yo he visto el mar llorando como un potro
y una gaviota muerta en medio de sus aguas.
Solo de soledad y solitario y solo
por su muerte sucinta contra el cielo.

Un pedazo de espacio, compacto y tibio aún,
a la brisa volviendo, a la sal y la arena.
Al brillo de los peces, al ahogado y la espuma,
sin canto ni mugido, como una tierna piedra.

Yo he visto el mar marinamente preso
y una gaviota muerta entre sus brazos.

Yo he visto el mar queriendo ser desierto
por su muerte pequeña contra el cielo.

Negras de sangre y duelo sus entrañas de arena,
yo he visto el mar llorando como un dios.
Una gaviota muerta en medio de las aguas,
nunca disuelve, nunca, su soledad sin tregua.

Yo he visto el mar amargo, el mar maravilloso,
el mártir mar de mármol en la cárcel,
solo y embotellado, coronado de adelfas,
triunfante liberarse en las gaviotas.

CANTO A LA SOLEDAD

Solo de soledad y solitario y solo,
como el loco en el centro de su locura,
yo digo lo que tú me has dicho
con la ahogada voz del mar
en mis oídos de ceniza que canta.

He escuchado tu paso eglógico y naval
de gacela y anémona, cayendo sobre el tiempo
de un sueño que tejen estatuas mutiladas:
la alondra que agoniza debajo de la nieve,
el musgo deletreando la vida sobre roca,
el trigo de la lluvia, el túnel ciego
que va de la simiente hasta la rosa,
hermosura del mundo, su más alto gemido.

Vencidamente sigo tu llama congelada,
tus desiertos espejos y tus lentos metales

que no se rendirán jamás a las campanas,
tu huella de reliquia incinerada.

No sé si pulpa o hueso eres de fruto
de misterio y locura,
de orgullosa agonía anticipada.
O si estamos soñándonos los dos
en el huracán y en el suspiro,
en la breve inmensidad de un lunar,
en lo que yo he querido,
como agua y fuego en sangre,
con amor sin olvido.

Yo recuerdo tu descanso de lluvia
cayendo sobre el mar.
Tu afán de hiedra fiel
y niña amada nuevamente.

Yo recuerdo tus duelos pensativos,
tu gozo doloroso y tu arrobamiento yacente
en mi corazón y en los luceros.

Tu norma de nube, única y lenta,
sobre un cielo de llagas;
de llanto inútil sobre muerte pura
y mano desolada en la inmensidad
de un cuerpo que se entrega.

No estás, lo sé, fuera de mí, en el viento,
ni en el adiós, la tumba o la derrota.
Ni en la nieve que suele prolongar
la sombra del olvido y el eco de jamás.

Ni en la falta de amor,
que cuando más amor me ha consumido
ella más era yo, su carne y sueño,
su ansia desvelada,
y hasta besable se tornaba entonces
su azul, insomne garra.

Y cuando de golpe todo es triste
porque el amor llega completo,
triste como si hubieses muerto
¡ah!, qué cerca de mí, remota,
sueño mío en la patria del sueño.

Ya sin sombra, con amor y sin cuerpo,
en la clara materia del silencio
que todo lo besa hacia el enigma,
yo me acuerdo de mí después de muerto.

El espacio donde canto y sufro
es cascada de luto de piedra consolada
y una mancha de humedad sobre el muro.
Y ya no me concibo sino siendo la soledad misma
en el sólo tiempo y ámbito hacia adentro.

Pétreo delirio de pasión votivo,
donde el deseo existe, único y solo,
y el amor es terrible y eterno de sin límites.

Eres el grito opaco y prolongado
de la piedra contra la viva sangre,
hiriendo su misterio de salud y amapola.

¡Oh!, poesía, soledad y vida,
eterna Eva primera,
¿quién cercena las manos
de los pobres amantes?

Yo sé mi soledad agónica y hermana
de mirto seco y cúpulas derruidas.
Yo sé que naces como el fuego,
frotando dos misterios,
mi sueño y mi esqueleto.

La sangre, tenazmente derramada,
escucha tu palabra antigua
buscando, soledad, tu rumbo.

Cuando muera, si alguna vez lo sé,
estaré más en ti, seré tu trigo,
tu pulso y tu verdad inconsolable.
¡Oh!, poesía, soledad y muerte,
está llorando el mar.

La soledad no es estar a solas con la muerte
y en la vida por ella ser amado.
Es algo más triste, deslumbrante y alto:
estar a solas con la vida.

Muerto de sed en medio de los mares,
tus formas en mi voz y otras estrellas.
La soledad está en la esperanza,
en el triunfo, en la risa y en la danza.

SOLEDAD DE LA FISIOLÓGÍA

Yo he visto, sí, yo he visto,
con mis labios, mis sienes y mi lengua,
la infinita tristeza de los humildes huesos,
y carnes de mis pies,
de sus venillas rojas sobre mi piel callosa
vencidas por mi peso,
cuya sangre, en su ciclo remoto,
ve sólo de vez en cuando el mundo por mis ojos.

Mi piel de estiércol y luceros,
la acelerada muerte de mis labios,
mi voz, mis ojos, mi silencio,
los nuncas, los acasos, las rocas, los inviernos,
animan sus puras capacidades inmortales,
y todo gime o canta, mas con tristeza siempre,
con tristeza yacente, joven, alta.

Intestinales lavas verdes,
aciago y turbulento hervor de fango,
lleno de peces rojos y granitos;
arcos de pechos descubiertos
mar adentro, saliendo por la sangre
sobre tu piedra cierta de eternos sacrificios,
buscando nieves que besar, cristales,
ascuas o frías hojas de cuchillos.

Esas masas opacas de pústulas y podres,
nocturnos lodos hondos, turbias materias mudas
de máculas y oprobios, llegan al hombre, al ave y a la rosa,
con vehemencia de cifra, con ahínco de forma,
con el perpetuo ritmo del mar contra la playa.

Llegan claras, geométricas y exactas,
y en fanático instante de infinito,
se queman en los ojos, en la boca,
con sus trajes de besos o palabras.
Con terquedad hermosa y ávida,
he sentido en mi cuerpo golpear tu propio cuerpo
la antigua angustia material
de plomo hasta sonido, de carbón a lucero.

Todo lo que cae, lo que la tierra
diariamente reclama:
nuestro sudor, la orina, el excremento,
ciegas, confusas materias oscuras,
cumpla vuestro pesado aceite amargo
su destino de llama.

Lo que hay de divino en el trigo,
en el fecundo semen extasiado,
en la luz de los cielos,
en el sumiso estiércol,
en la flor que nunca alcanza su fruto,
en la veta dormida del zafiro,
en el austero tronco y en el barro.

Sí, lo que hay en ellos de divino,
en su desesperada vocación de llanto y de saliva,
con ternura inaplazable de tacto,
con desvelo de labios imbesables y ausentes,
lo cantan las entrañas con sus voces sin rumbo
de sordomudos ángeles rebeldes,
la luz sepulta y la forma olvidada.

Todo este afán y esta ternura casi hiriente
que llora de dulzura y sin embargo sangra;
que casi es una niña debajo de la nieve
soportando en la frente, herida y humillada,
el peso de la vida y la ingrátida muerte.

Minucioso engranaje de lodo que medita
y adora y se levanta hasta la estrella amarga,
sin olvidar que ayer rastreaba en el gusano.
Que hoy, más lejos todavía, todavía más lejos,
era sólo un pedazo de noche enfurecida,
calcárea o pedernal, con desmayado fuego
despierto sin presencia en el vuelo de pájaros del gozo,
en su angustia de manos amputadas,
de lágrimas fatales no vertidas,
de gloria y de inmundicia, de aurora y rosa mustia.

Noche de las entrañas, noche del borborismo,
noche de arteria honda y blancos huesos ciegos,
vísceras olvidadas en su misión de eternas Cenicientas.

Desoladas matrices sin lucero,
materia no despierta al canto o al suspiro
del viento, de la muerte;
yerta su pasión que germinó en el trigo,
que roja se hizo en la amapola
y sueño bajo la cal de la frente.

Llameante animalidad jocunda
de manos naufragadas, de rodillas vencidas
por el dulce vértice de las ingles,
adentro martillando la hermosura del cielo,

con feroz impaciencia temblorosa de aves en azoro,
de ángeles y estrellas que acaban de marcharse.

Muda materia opaca, sin forma ni sollozo,
sin novedad y atónita, postrera, estupefacta,
que adivináis el pétalo, la espiral y la cifra,
con memoria de muerte, de vida y muerte nuevamente,
como la piedra frente a los ojos de la estatua,
como las venillas del mármol ante la sangre del modelo,
ceniza, escarcha sois, llanto o sonrisa.

En mis manos os veo dividiros,
más allá de los dedos y su tacto,
de los dientes que sangran, de las uñas,
más allá de los ojos y miradas,
con luz de estrella muerta que no llegará nunca.

Astros y musgo exangüe, eternidad y polvo,
el ruiseñor y el sapo, el amor y el olvido,
su pasión sin medida, el fuego y su locura
final, como la noche maciza de los muertos,
dura noche sin límites de párpados,
han germinado en mí su soledad de piedra,
me han cubierto de ciprés enlutado.

En mis brazos tu soledad en fiesta
mordiendo, sí, su término, su precaria medida,
su telúrico límite de cuerpo enamorado.
No hay soledad más alta, más cruel y más cercana
que la de dos cuerpos que se aman,
sus hiedras confundiendo, su saliva y sus sueños,
su aliento anonadado, sus huesos y su muerte.

Callo de amor en medio de tu asombro,
isla de soledad, dolor de mármol.
Callo para gemir cuando te adoro
con tu pavor de estatua mutilada.

Isla de soledad, dolor y pasmo,
muerta mil veces, mil, mil veces muerta,
solos, en planeta deshabitado,
ya solos en el otro y en sí mismo.

Solos y abandonados doblemente,
más solos que si el otro no existiese,
nuestro sueño absoluto nos ha creado
la soledad sin fin de nuestra mano.

¡La mano no puede asir sino formas,
asir lo que no es, la pura ausencia,
tierra firme de nunca y de talvez,
tangibile de crueldad sin penumbra!

Nada queda en los labios, sino violetas tristes.
Nada sino epitafios de hielo ensangrentado.
Nada sino unas huellas en el viento.
Sino caídas guirnaldas marchitas.
Sino ceniza fría, dolida y crepitante,
y un eco de fuego crucificado.

Como mar frente al cielo, ¡oh cuerpos frente a frente!
Premuras de la sangre, espejos de la muerte,
con rumbos de magnolias y palomas de llanto,
solos en el asombro del gemido,
dulce piedad de carne amontonada

entre el astro y la hierba, el ruiseñor y el sapo,
el amor y el olvido, el fuego y el estiércol.

Mundos ancestrales anteriores al hombre,
ámbitos de tinieblas o glaciares,
obsesos por una chispa, por un líquen,
por la viva arenilla que es la hormiga.
Yo me acuerdo, me siento, aún me veo
en ígneos minerales somnolientos.
En turbias nubecillas casi inmóviles,
acompañado de espacio. Colmado
de amaneceres y viscosidades,
de rubí y azucena y noche derretida
lejana, hacia futura presencia enamorada.
¡Ya en ellos la esperanza de la sangre!

Coágulos como gotas de caos,
árboles que sombreais en las riberas
flotantes panoramas, ídolos sumergidos
en océanos de sangre y cielos ya gastados
como cantos rodados entre el sueño y la arena,
de pronto, en los furiosos túneles de la vida,
con rampante lamento encendido de mitos,
estallando sus soles en medio de las ciénagas.
¡Alegría de los primeros pasos
de mujer en la nieve!

Veo mi forma muerta, mi retorno a la patria,
al ansia desbordada, sin cristal ni medida.
A la suave y nostálgica materia
herida en todas partes, como nube delgada.
Mis huesos ven el sol. ¡Lo ven por fin!,

las nubes y los pájaros, el árbol y el caballo,
la libertad total de su blancura.

La leche, las aguas animales,
las vísceras rotas y vencidas,
mojan el polvo, lo besan, lo recuerdan,
aceleradas, sin embargo, hacia la rosa.

Soledad de materia con su sueño fallido
más acá de un seno, de una poma,
de un grito o de un suspiro.
¡Todo lo que cae, lo que la noche
ciegamente reclama,
esa montaña fétida en donde el lirio alza
su pura, blanca llama!



El sonámbulo

México, 1937

I

Vela sin viento que no fue rumbo.
Piedra lejos del arco y de la cúpula.
Horas podridas sin afán de musgo.
¿Quién descansa sobre vuestro pensamiento
como descansa el día en los surtidores?
¿Como en las aves descansa el viento,
en la voz el espacio, el llanto en los relojes,
la sombra en la frente de los ciegos?

Por vosotras, mar de pupilas altas es el naufrago
que se está quemando vivo en un lago de olvido
de sí mismo y fiel memoria de su sino.

Sólo le apagarían las aguas de los mapas,
los sueños de las arpas y su tacto de radio de sonámbulo.

II

Porque en el cielo un lirio es aún arma prohibida
aprietan sus tenazas los escorpiones
y se olvida la ceniza por completo del fuego.
Y entre la muerte y el sueño va sin vida,
más allá de la estrella fugaz y la bala perdida,
a la hora del amor de las islas y el embrión, el astro y los
[puñales,
la rosa sin espina de la muerte.
No es sino la hiedra que se inventa una torre.
El pez incandescente que contra el frontal estrella su
[perpetuo asalto.
La mano que levanta la venda de los ojos y confunde
[epitafios.
Alud de cielo que perdona la tosquedad telúrica del nardo
detrás de su blancura enmudecido, como lluvia en el agua.
Ya irrumpe como un desfile de columnas altas sin memoria
[de techos ingrátidos de asombro.
Como una inmensa gama muda de llorar y la postrera
[burbuja del ahogado.
Como una súbita vergüenza de la muerte
contemplándose a sí misma con rubor de vino
y lividez de plomo.
Y ya no sabe si acaso antes de ser en la sombra de ese niño
y en la dulzura inevitable de esa niña por nacer,
fue un conflicto de pájaros, de tréboles en flor o un grano
[de trigo;
si ráfagas de alondras y de olvido
sus huesos aproximan hasta el alba oculta en el pavor de
[despertar muy lejos,
muy lejos de su sueño y de su ombligo.

XII

Tú por tu cielo, y por el mar las naves.

Gerardo Diego

Vela sin viento que no fue rumbo.
Piedra lejos del arco y de la cúpula.
Horas podridas sin afán de musgo.
Yo descanso sobre vuestro pensamiento
como descansa el día en los surtidores.
Como en las aves descansa el viento,
en la voz el espacio, el llanto en los relojes,
la sombra en la frente de los ciegos.

Sólo un faro es la muerte, estupefacto,
oscuro entre sus sombras luminosas.
Un faro solo y azul, alto y puro,
entre un azoro de paloma oculto.
Como una flor de hielo sobre un piano,
Lázaro en medio de la noche, ciego.
El barco por el mar, tú por tu cielo.
En medio tú del sueño de tu dueño.

Eres rebelde, luminosa y firme
vela dura de sueño sin estela.
Veladura de sueño que revela
paraíso de espuma de arlequines.

Perjuros en el alba: luna y barco.
Agua profunda para alondra y trébol.

Sonámbulo y lucero se negaron.
Dulce la muerte con su voz de fuego.

1937



Venus y tumba

México, 1940

Vedla, sobre mi corazón,
tendida en su desnudez primera.
Si liquen y misterio, yo ya estaba
junto a su carne, con mi eterna angustia,
en su mundo nocturno y sin aristas.
Como una lente sueñanla mis ojos.
Como un vaso, mi sed y mi esperanza.
Mi muerte, como tumba y herramienta.

A mí me preguntáis: ¿en dónde están
los enigmas de las cosas, las islas
siempre por descubrir y la tremenda
ira fiel de la sangre, su frenesí marino,
su pureza solar de infinito y de muerte?
El mundo que soñamos viven los blandos muertos.
Soñar es morir, olvidar, no amar.
Polvo y tiempo, el amor siempre llega.

Polvo más sueño soy. ¡Y sueño eres,
alud tierno de mármol como de miel y luna!
Yo quiero ver envejecer las rosas.
Yo quiero que ellas, siempre eternas,
la eterna juventud en mí coronen.
Hermosa sólo como otra mujer
hermosa y como la tierra misma:
amarga y pálida, amarga y siempre cierta.

La luz no ve. Como el amor, es ciega.
Mi canto, para sepultar la muerte,
torna mi lodo en fuego enajenado.
Y qué triste estoy sin mi tristeza,
con mi estéril afán y mi infinito sueño.
Sé que nunca se cerrarán mis párpados
porque te vi desnuda y fuiste mía.
¡Dulce sueño del mar y de los hombres!

Vedla, sobre mi corazón,
fundida en su desnudez de fuego.
Frágil lirio de estupor y espuma,
tierra vencida y asunción de asombros,
acerba y triste, efímera y perpetua.
Sobre sus ojos duerme la luz
su primer sueño eterno.
La tierra es la forma redonda del deseo.

Mi sueño no reposa
junto a sus pies dormidos,
como extrañas gemelas bestezuelas,
sobre césped y nube, por lágrimas pulidos.
Con su demencia y su piedad de arcángel,
sangra la sangre absorta del enigma
en la cruel maravilla de estar solo
con su imagen, más bella que ella misma.

Vedla, sobre mi corazón,
desnuda en su desnudez eterna.
Copo de nunca y sol, de sombra y siempre,
con pavor de vinagre y de luciérnaga,
azul de lluvia y de rencor naciente.
Brilla sobre el dolor, Venus desnuda.

Polvo y tiempo, el amor nunca llega.
¡Ay!, la hierba crece sobre la tumba.

PAISAJES DE COATLICUE

I

Oigo dentro de mí
la sangre gota a gota.
Alta de núbil furia
cae su miel sonámbula
de fluyente escultura,
como una voz que nombra.

En tu cal viva y el azul unánime
donde los cactus alzan
su invadida soledad intacta,
vuela o reptas el hombre, raras veces camina:
tan sólo hay sitio para la serpiente y el águila
y dulcísimos frutos con espinas.

Soy el único hombre sin ombligo.
Miradme bien: ¡reconocedme!
El primero y el último que ha existido.
¡Qué mundo tan hermoso
engendra mi deseo!
Alguna vez me llamasteis: Adán.

Dulce tierra violenta, agria y enternecida,
de pureza de pena y suavidad de asombro.
Ácida y taciturna de fervor fermentado,
de sonrisa hirsuta y de silencio sabio.
Señora de la Nada y ciego amor más ciego
que el amor de la luz y de la muerte,
tu roja cornucopia derrámase en mis manos
y en nido tan pequeño reposa tu sagrada inmensidad.

Voy a nombrar el cielo de Coatlicue:
locos astros de miel, racimos de ira.
Sus labios torturados que espolean
la plata del olivo, esbelta y lánguida.
El denuedo de su sangre en mi sueño:
delirios de su sed, arcángeles del alba.
Su vida de ala ciega y repentino fuego:
mi propia vida ardiendo en su relámpago.
La luz del Occidente se pudre en tu cintura.
Anáhuac, para verte, hay que cerrar los ojos.
No se necesita imaginación sino humildad,
la del corazón en la mano del sacerdote.
Humildad para ser la oscura piedra insomne
que vela por sufrir ¡pedernal deshelado!
La estrella del rigor fulge en mi frente.
He nacido sólo para cantar el misterio.

3

Eres el mundo que sin cesar estalla
ante el ciego que recobra sus ojos.
Te circunscribe, lúcido, mi tacto
igual que un infinito sueño exacto.
Hasta que el lucero y la mar de tus labios,
hasta que tu bermeja marejada
desplome para siempre su diluvio
de rubores de nardo y ovejas antropófagas.

Yo dejo esta huella de mi alma
sobre tu mexicana voz antigua de mañana,
con natal sencillez de ministerio verdadero.
Que como yo deliro ya no recuerda nadie,
ya nadie tiene aliento ni deseo,
ya nadie sino el mar, el álgebra y la alondra.

4

Tus corales de estatua que no duerme
piensan labios para tus calaveras
que cierran, con sus fauces calcinadas,
el círculo eterno de las culebras.

Fulgor perpetuo de fugaz estrella,
dormido en las arbóreas lenguas amarillas
de tus yacentes ríos emplumados,
desanudan tus sueños en mitos y en espigas.

Pero por encima del orgullo del granito y el mármol
resplandece la segura gracia del polvo.

Su hermandad con lo humano es tan honda,
como en la ceniza el vuelo del Fénix.

Rotos yacen columnas y capiteles
mientras la choza de lodo amasado
se restaura con el mismo polvo.

Por ello, los dioses enviaron mensajeros divinos.
Nosotros les correspondimos
con la tierra erecta en los ídolos.



Pequeños poemas

México, 1945-1964

A RAFAEL LANDÍVAR

Llamo y nadie responde.
Pregunto a la piedra y a los árboles.
Canta un pájaro y me doy cuenta
de que las casas no tienen ventanas:
demasiado débiles para tumbas,
demasiado fuertes para moradas.

Beso al leproso y a la niña con caspa.
Y a ti, violento geranio; y a ti, crepúsculo.
¡Se diría que va a llover sangre
de cómo se afanan las hormigas!

Volcán, ¡si supieras cómo te quiero,
niño mío! ¡Cómo suspiré al verte!
¡Que ella también te hubiese visto
con ojos de mi niñez! ¡Por la que muero
de no soñar juntos sobre la misma almohada!

¿Dónde mis amigos? ¿Qué se fizieron?
Otra vez en tu reino, soledad.
Ya las estrellas enciendo y las espigas.
Perenne horror de caída sin término
y pirámide trunca y vena abierta.

Mi alma, leal, en ti se acendra
y fortifica, soledad. Despierto
y muero al recuperar mi cuerpo.
Así te imaginaba, con ruinas y volcanes
y una lluvia invisible en los cristales.

Desperté, y yo, Deseo, ya no estaba.
Había partido de nuevo en sueños.
Tú me reconociste por el anillo de mi dedo.
Sí, soy el legítimo. Y no encontré
la felicidad. ¡Diabólica es toda belleza!
¡Líbrame de la peor de las fiebres!
Ahora te sueño tan fuertemente
que le saco los ojos a la noche.
Ansias de ciegos pozos olvidados
encuentran con mi arado los luceros.

Sí, pero tu silencio de nocturna piedra.
Sí, pero tu voz de tan pura nunca oída.
Sí, pero tu sangre que deflagra
mi voz vencida, tu luz asunta: mi vida.

Partí por la puerta de atrás
y torné por la puerta señorial:
le di la vuelta al mundo y a mí mismo.
Llegué tarde para charlar con los hermanos.
Sordos estaban y hablaban ya otra lengua.
Desplomóse el roble. Nacieron tumbas
y el becerro cebado tuvo nietos.
Abracé fantasmas. Y los presentes
estaban más lejanos que los muertos.

Río de sueños siguió mis pasos
y borró mis huellas, padre Adán.
¿Cómo llegar si nunca me he marchado?
¿Qué hacer para quedarme si no he vuelto?
Desperté, y yo, Deseo, ya no estaba,
“Duerme y no reposa”, díjome el Hijo Pródigo.
“Deja lo que no tienes ni tendrás.

No hay casa, ni patria, ni mundo.
Somos de otra parte.
¡Al carajo!”.

La voz del Hijo Pródigo era hermosa como el Deseo.
Vi el anillo de mi dedo. Soy el legítimo.
¡Oh, mi voz antigua, ígnea y vaticinante!
Yo quiero algo más que acciones y virtudes.

Y me marché por el portón trasero
para volver jamás.

Antigua Guatemala, 19 de febrero, 1945.

Sí

Adán vio por mis ojos y calló en mis labios.
Pienso tu nombre para izar mis velas.

Compartimos como un pan nuestro deseo,
tigre y paloma por la carne juntos,
miel iracunda hasta cegar el alba.

Un bosque de espadas azules
erizadas de violetas bermejas.
Avanzo hacia mí para encontrarte.
Huyo cuanto más me aproximo.
Te abrazo y estoy solo.
Tú, mi yo verdadero,
y me sigo viendo en tus ojos
hasta vaciártelos.

Tu cintura sutil como sospecha,
única realidad que no miente.
Llama en el mismo aire, donde las cosas tienen
su sitio exacto y las conocemos
abrazados, como dos enemigos
ahogándose, tratando de salvarse.

Eres la resurrección de la tierra
y vida perdurable.
La tierra, piel de todos ¡la Tierra Prometida!,
es Resurrección de la Carne.
¿Por qué me encantas?
¿Qué busco en tu cuerpo?
Busco lo que encuentro:
El mar y las barcas.

Mujer, infinita y definitiva,
vivo mi amor colmado de tu don de enigma.
Sentémonos sobre los tejados
y colguemos el mundo, cromo de almanaque.

C. V.

Aquí estoy con mi luz astillada
inventándome un pasado, soñándolo de nuevo.
Sol, profético padre de la noche,
de la comba noche blanca de estrellas,
los días iguales corren iguales.
Amo la poesía que canta para adentro
su instantánea eternidad;
que casi no se escribe

y se oye en las entrañas:
poetas tartamudos
que chirrían y aúllan
como viejos candados.
Su hipo, su tos, sus jadeos
de bestia herida por vivir,
que duda de la duda y se afirma en el sílice
de los heraldos negros,
lejos de los clavicinistas
de la nostalgia. Lejos
de la chatarra de los cantaores
y los banderilleros:
de versificadores que no son
sino frascos de tinta
recubiertos con papeles mojados.

R. D.

Árbol que atónito da lámparas y campanas
ahíto de la mierda de la gloria,
arañando paredes —igual a cuando todas
las cosas bautizaba, consigo tropezándose—,
volvió, para encontrarse con ese anciano niño
viudo que algún día fue, silencioso:
con las piedras que sus pies recordaban,
sabias piedras sin muerte y sin engaño.
Y más que de cirrosis, de retorno murió
concretamente —como muere una silla.
El *establishment* nicaragüense
con pompas oficiales lo agobió
para patearlo escrupulosamente.

L. C.

Tomo de mi librero
que guarda muy contados libros
la última edición
de *La realidad y el deseo*
—señala el colofón
1,500 ejemplares 1958
Fondo de Cultura Económica—
en 10 años
en todos los confines del idioma
no se han agotado
esos graves cantos
de tu inagotable poesía
intensa y probable como un huevo
como un pródigo enigma
si siempre resuelto siempre invicto
a solas con tu nada y tu demonio
ávida soledad dardo proscrito
mitad luz sigues siendo mitad sombra
en el desierto trémulo de Bécquer
y en el acuario cóncavo de Góngora
de pan y sal atroz grito doliente
en tu desierto libro hospitalario.

PARA WALTER Y LILIAN

Está conmigo Walter Lowenfels por primera vez en la vida
habla de poesía de luchas y prisiones
por un acto de magia mientras se quita el saco
frente a la chimenea encendida

somos viejos amigos que se encuentran
sin que hayan transcurrido los años.

Tiene la sabiduría de quien ha sabido vivir
exigente y sencillo indulgente y abierto
pulido por la luz y por el sufrimiento y la alegría
ama todo con imaginación y gran discernimiento.

Sonríe y se pregunta y sonrío y me pregunta
y nos entendemos sin entendernos
yo le respondo y él me responde y sonrío
de que responda con sonrisas y preguntas.

Su español me acerca a mi inglés y pregunta en otras lenguas
de pronto para ceñir la gacela dando saltos
en francés me sonrío en ruso encandilados
por la misma gacela negra celeste o mexicana.

Buscando en sus orígenes su memoria plural
como el Mississipi en su gran delta se pierde
me habla con pasión de los negros norteamericanos
de su canto envidiado por los ángeles.

En las barbas de Walt Whitman veranos
hacen mis golondrinas
en los *subways* de Tikal y en las selvas
neoyorquinas.

La noche eternamente efímera
es mediodía al abrir las cortinas.

LAUREL

Releo *Laurel*,
antología de la poesía moderna en lengua española,
seleccionada por Emilio Prados,
Xavier Villaurrutia, Juan Gil Albert y Octavio Paz.

Xavier y Emilio han muerto ya.
Fueron mis amigos.
Xavier murió cuando yo vivía en Guatemala.
A Emilio lo velé en su primera noche en la eternidad.

Una que otra encina conserva su verdor negro y vigilante.
Con perfume penúltimo, ido y cansado,
cuánta hierbecilla es paja ardiendo
ya sin llama, sin humo, sin crepitar siquiera.

Cuánta, incandescente, se desbarata sola,
roída simplemente
por su esplendor que ayer pareció deslumbrante,
impune a todo tiempo.

Algunos poetas no han muerto o viven todavía.
Xavier y Emilio tienen en la mano la espiga.
Su Tiempo Absoluto ganaron ambos,
circunferencia de infinitos centros simultáneos.

Otros, piedras casi muertas, figuras de proa dormidas,
memoria inmemorial,
son ágatas amantes sus poemas,
con no sé qué remota, qué nostálgica humedad visceral.

Invictos, aquí unánimes cristales intensos en la mano,
plenitud minuciosa de la muerte,
en donde los Infantes de Aragón
danzan sobre las nieves de antaño.

La poesía no envejece.
Es la rosa intemporal del tiempo.
El propio aliento de Adán.
Siempre su realidad es profecía
cada vez más próxima a su cumplimiento.
La poesía es la única prueba
concreta de la existencia del hombre.
El jarro de agua y el pan de cada día.

¡Oh!, viejas fotografías
que un instante detuvieron el tiempo.
Jorge Manrique y François Villon
mañana sonreirán
leyendo el Eclesiastés
en español o francés.

El agua, clara.
Concreto, el pan.
El propio aliento de Adán.
¡Oh, Muerte, odiosa y divina belleza!
¡Oh, diosa, madre mayor que el tiempo!
Y todo es cierto.

Sí,
no,
tal vez...

Sí

No haber vivido: vivir.

Volver a ser: morir.

No me narréis la historia del hombre.

Su dorada leyenda que el mar canta.

La Serpiente Emplumada del mito
y demás arrecifes de su ansia.

Nada recordamos de antes de nacer.

Y nada recordamos después de muertos.

Hemos vivido un instante. Ayer

es sueño ya. Mañana, el mismo tiempo.



Rafael Landívar

México, 1950

*(Llegan de Bolonia sus restos
a Antigua, la ciudad natal)*

*Bienvenido, campana de la torre más alta,
mira tu sueño muerto, suspira Santa Marta.
Y él le pregunta a Luis el Antigüeno
con voz de hiedra y Pensativo río:*

*¿Por qué tan triste nuestra dulce patria?
¿Por qué siempre su muerte prematura,
grata y absurda, ardiente virgen viuda,
amarga quemadura, plomo y ala?
Tierra de nuestros muertos, madre sacra,
tierra de nuestros hijos, levadura,
tú, sonámbula náufraga, decantas
en sueño y alma tu cabal cicuta.*

De las cuadradas torres coloradas,
embozado en sombra mineral,
llegaste ayer para quemar tus naves,
llegaste sin llegar.

Tomo tu cráneo de Yorik, arcángel
Rafael, oh fantasma olvidado,
de mar distante caracol cercano.
Recuérdote en tu celda.
Instala tu nostalgia el trópico en Bolonia.
Tu fría miel bucólica de pronto es toda exilio,
añoranza infinita.

Entonces, tus latines
como español nos cantan y el desterrado indígena,
peregrino en su patria, sonrío en el maíz.
Tu sollozo flamea en su estandarte
de harapientos azules. Tus cisnes de alfeñique
encienden y levantan la derramada lámpara:
relámpago sin término, tu amor guatemalteco
¡con qué luz y ternura minuciosas
por tus lares sin sombra te encamina
haciendo el inventario de las rosas!

¿Reconoces tu Antigua, alcanforada
fábula de crepúsculo y fantasma
contumaz en violeta y piedra pómez?

¿Reconoces tu Antigua sin la grana,
los cafetos nupciales,
el acuñado sol de los bananos?

¿Reconoces tus padres y los míos
charlando en los geranios?

¿Reconoces tu Antigua, ascua fría
entre fuentes, apagada luciérnaga,
en su nadir mudez ensimismada?

¿El mismo topo beato tras el balcón levítico
y los mismos azules volcanes verdinegros,
y el mismo tiempo medieval domingo,
la misma vela frente al mismo santo,
el mismo sol, el hongo por nacer,
la misma estrella junto al mismo pájaro,
y las mismas hormigas

que el Cristo muerto, como muerta abeja,
perpetuamente llevan?

¿Y las mismas paletadas de bronce,
el mismo polvo ronco doblando en las campanas
la noche de las noches?

Antigua, hoja seca, extinguida crisálida,
los turistas te cuentan las costillas.
Por los cerros te rumia, con otros dinosaurios,
teología de fieltro como entierro.
Rafael Landívar, hablas inglés,
ya no hay Capitanes Generales
y el tetrarca es de oro y de petróleo.

Pedro de Bethancourt, el buen canario,
canta su corazón en el ciprés.
Déjame que te guíe. Antigua, nuestra abuela,
nos contará leyendas, sentados en sus piernas:

*Y volvió el Hijo Pródigo.
Él, todo canto, el mar, en una urna.*

*Cazadores de cabezas, necrófagos
piratas, ¡qué yerto vuestro tesoro!
La sotana se le hacía armadura,
concha de humilde, lírico armadillo.*

*Y sin partir se fue. Y sin volver
volvió, libre como nunca en su cárcel.
Como los buenos capitanes,
los poetas se hundan con sus naves.*

*Bajo la presunción de los hisopos
crujieron sus cenizas
con lamento de plancha casi enfriada,
y va a la muerte como noble toro.*

*En su cerviz, hasta la cruz, la espada.
Decidme, ¿qué no hizo para volverse fuego
y a un mismo tiempo ser y no ser,
siéndolo tanto, como lo eres, Muerte?*

*Académicos, socios histórico-geográficos,
bediendo a naftalina de sus mapas,
ventaja en su silencio cosecharon
y plumas arrancaron de sus alas.*

*Dando batalla, sin rencor, el Pródigo
mugía sus estrofas. Sus ojos astillaba
sin encontrar amigos o enemigos.
Sin encontrar a nadie. Y ni la nada estaba.*

*Y volvió el Hijo Pródigo.
Solo, en el centro de la plaza
se desplomó, sembrando sus panales.
Él, todo canto, el mar, en una urna.*

*(No te conozco, pero te conozco.
Una noche, en Anáhuac, Barba Jacob quejábase:
Un avión con mi nombre recogerá mis huesos.
¡Que me dejen pudrir en paz, honestamente!
“¡Pal muerto, las coronas!” dicen los mexicanos.
¡Ah líbranos, Señor,
de los explotadores de cadáveres!
Habré de soportar cada discurso*

*¡y ni sabrán que les menté la madre!
Costaré alguna plata,
¿por qué no adelantármela
para los desayunos?).*

Por fin, no más responsos y discursos.
Tu alegría de cal se echó a volar de nuevo.
Un niño sobre tus fosfatos puso
hartas flores silvestres y amarillas.

Las llaman: “Flor de muerto”.
En nuestro pueblo nadie las quiere por sencillas.
Hechas de sol dormido,
con fervor te saludan como niñas.

Voluntad de perderse es el retorno.
Ahogarse en espejo sin azogue
y, sabiéndose ciego, alzar la venda,
absorto, umbilical eco sin grito.

Como al lugar del crimen se retorna,
el río se remonta queriendo asir la fuente.
Así, el recuerdo, la niñez, la muerte,
con los dientes queriendo asir el sueño.
De aquí somos. La voz engendra hogar.
Nombremos las montañas. Engendrémoslas.
De la penumbra surgirán tranquilas
de hermosura, como diosas doradas.

La tierra se hace firme. Se ilumina y canta.
Suavemente amanece. El día ancla
su isla a la deriva. Son las doce:
mientras te acuerdas, déjame soñar.

Has vuelto, Rafael Landívar, a tu Antigua.
¡Nuestra Antigua!, matriz inconciliable,
onda del mar de tu corazón cósmico,
porque de parte alguna se retorna.

Bienvenido, te acogen tierra y ola.
Bienvenido, el tambor, los heliotropos.
Bienvenido te cantan la luz y Bernal Díaz.
¡Bienvenido, bienvenido a tu Antigua!

En vano las polillas, el ácido y la lluvia
mordieron tus campanas: son el azul entero
de un cielo naufragado en mares de luz dentro.

Sobre tu sueño, en cruz, una guitarra siembro y mi semilla.
¿Permites una lágrima? Y como alondra las rocío
con el aguardiente más ardiente de mi vida.

Vive en latín América, más nuestra por tu voz.
Se empinan los reyes en Palenque
para verte llegar, viajero inmóvil.
Pronto también te dicen:

*Fuiste un encomendero
del verso, España negra y la Colonia misma,
y hasta un Carlos III con alas de murciélago.
¡Ah!, si hubieras cantado en una lengua viva,
para los hombres vivos, la verdad de la vida.*

Grito, abro los ojos y te palpo,
para verte y saber que estás allí,
en la patria del alma, la del canto.
Me puse a recordar, pobre aprendiz de brujo,

y por querer vivir, por fin ser en lo eterno,
ramos de sueños ato con mi ombligo.

Por un breve momento,
Padre Landívar, préstame tu hábito.
Toma mi grana de antigüeños campos,
que si hubiera de nacer de nuevo
aquí nacer quisiera.
Porque la nieve sueña con el hollín y el fuego
izaré en los volcanes mi alarido.
Tal vez así, te respondan los muertos.

Pero
aquí no ha pasado nada.
Llegó
difunto un tal Landívar.
Lo enterraron.
Y se marchó por el portón trasero
para volver jamás.

1950

RAÍZ AL AIRE

Yo me acuerdo de niño jugando con mis velas
sobre los mares de las sábanas y los mapas de las goteras.
Su follaje, la noche misma. Un río lo cruzaba
como inmensa bofetada de luz.
No hay destierro. Sueño a sueño la vida
en el alba eleva todavía
su leal insignia de invisible púrpura,
y precede mi amor a la esperanza.
Con sed enamorada y dulce pólvora,
el día es la sin fin albura de la harina
y miel se hizo la ira y música el dolor.

Allá en mi Antigua,
donde mi niñez corrió con el agua
de la fuente, en donde me engendraron
mis padres jóvenes.

Tú, padre mío,
cantando en tu girasol de soles,
cantando en tu caracol de trigo.
Mi madre te sonrío entre las flores,
quemándose las manos con geranios.

Polen, cal de los huesos, levadura,
quiero hablar en voz baja, a tu oído,
para que no sepas si te beso o madura
calla mi voz disuelta en un suspiro.

Poesía, reino de verdad práctica,
total sirena, crisantemo y pan.
Amo: soy dueño de la realidad,
y por ello no sueño, hago soñar.

Ni siquiera el agua puede olvidarla,
como el día no olvida el ausente lucero.

¡Oh!, voz desnuda; ¡oh!, voz rodada y pura,
amapola de luz crucificada.

El indio, como el aire.
Como raíz al aire.
Como rayo dormido.
Sólo un rumor guatemalteco
de pies descalzos
y ruidos peristálticos.
Como un huracán apuñalado por la espalda.
Como un polen que no puede posarse.
Como una noche que no acaba.
Como una terca miel nunca parida.
Como una súbita perpetua llaga.

Así suelo sentir tus ojos ciegos,
tu clara vida de sepulta agua
y desollada espiga,
el beso y la injuria de tu boca.

Pira de bronce y manta,
en tu mudez de espuma y de puños cerrados.
Sin tierra, desterrado, náufrago de hojas secas,
panal silvestre destrozado siempre.

Pueblo solar de alondras y tiranos,
suave de musgo y vírgenes entrañas;
de arcos desplomándose siempre,
y siempre renacientes.

Alguien corta las manos,
ciega los manantiales
y condena las puertas.
Alguien siempre empuja
y pone al campo cercas
y alambradas de púas.

Alguien saca los ojos,
viola la luz y derrama el tintero.
Alguien grita “¡no!” echando cerrojos
de hollín sobre la nieve.
Alguien siempre, coronado de abortos,
se erige en rey de lastres y muñones
y pone agua en el vino, y nunca entiende.

¡Oh!, dolor sordomudo, ola de piedra,
ya en tu cósmica noche de simiente
es un musgo el murmullo de mi boca.

Tu voz hendida ¡la de tus huesos y mis sueños!
¡Qué atrás de tu dolor se quedan las palabras!
¡Qué sílabas pequeñas para dolor tan grande!

México, junio, 1954.

JORGE GAITÁN DURÁN

Me acuerdo de ti casi adolescente en Bogotá, a mi llegada en 1946, con tus grandes ojos de agua con sombra de árboles muy altos, tímida aún tu dulce dinamita. En tu voz había una ceniza en que no se apagaba una brasa penúltima. Te recuerdo en París, tú ya más cerca de ti, más abierta tu herida, aún con las atrocidades de tu inocencia, casi odiando a la poesía. Y hablamos del suicida y del marihuano, a quienes sentías muy lejos. Como muy lejos también sentías las barbas moradas del vikingo arponeador de ballenas en la sabana bogotana. Sencillamente, eras ya un partero de sueños. Un pétalo del día rumiando fuego. En tu obra, intensa y breve, queda el fulgor de tu torre truncada. Recuerdo a Jules el montevideano, y me digo: ¡Ah!, que la muerte es cotidiana. Lo había olvidado. Y me es difícil recordarlo al recordarte. Eras tan caudaloso, y, además, siempre iba por tus riberas una invisible muchacha desnuda muy hermosa, semicubierta de trébol, hija de alguna divinidad solar. Cuando vaya a Cúcuta te llevaré flores silvestres amarillas, caracolas, vino tinto. ¿Qué hacías tú, marinero, en el altiplano? ¿Qué hacías tú en la mar, Ícaro hermano? Trigo en el trigo.

1964



Arte poética

México, 1960-1973

Te quiero con la cara lavada,
desnuda, más que desnuda, desollada
danzando muda, como un rayo de fieltro.

El mar es una sonaja en tu mano.
El cielo, un cascabel en tu pie.
Tú, petrificada en silencio,
frente a las puertas condenadas.

No escribo a mano
en la máquina pongo
la hoja en blanco
me dictan palabras
obedezco y escribo
siguen otras palabras

que me persiguen
que las persigo
que algo me piden

y se arrastran y saltan
en un pie con un ala
esperando las mías
casi las tengo ya

cuando mis manos
en alto están
vuelan más bajo
más alto vuelan
cuando mis manos sirven
para un carajo

las cogí ya
aquí están
(para un carajo).

DEDICATORIA TOTAL

A L Y A

Porque nada he deseado
aparte de tu amor
nunca perdí mi tierra
que me invento contigo.
Yo vivo enamorado
de luz, de mar y cielo.
Quisiera estar bordado
en tu alma y tu pañuelo.



Elogio de la embriaguez

México, 1931

*Para no ser esclavos y mártires del tiempo,
embriagaos, embriagaos sin cesar. De vino, de
poesía o de virtud; de lo que queráis.*

Charles Baudelaire

A Ismael Cosío Villegas

[FRAGMENTO]

Lo que es inesperado, lo repentinamente angélico o monstruoso, la insólita relación escondida, latente hasta en los objetos más humildes, se manifiesta con la Embriaguez. Y con su invisible espada de arcángel la vida triunfa de la costumbre y la religión que presumían postrarla imperdonablemente. Nos da la exacta dimensión del mundo. Las cosas están ungidas de milagro. Eternidad efímera del sueño, belleza al fin entrevista por las avanzadas del espíritu: el hombre vive de maravillarse. Inútil, despreciable, indigna toda experiencia ajena. La Embriaguez exalta no lo que tengo ni lo que he tenido, sino lo que habría de tener: ¡ya es mío, ya!

Necesidad del milagro, fuera de toda memoria religiosa, del milagro gratuito, puro. Las religiones consideran pecado los sentidos en libertad. En la selva prohibida, en lo sobrenatural resplandece la total afirmación del cuerpo. No sentir la urgencia de la maravilla es hacerse justicia. La tentación es un llamado que nos hace la Divinidad. La poesía —la magia, para hablar concisamente— podría volvernos tolerables las religiones colocándolas en medio de la lujuria y el delirio. Embriaguez, pura imagen de la libertad, pocos han tenido como yo tanta devoción por tu causa, la única que la puede merecer si olvidamos el suicidio, la locura y otras esmeraldas extremas de tus climas.

La Embriaguez abre las esclusas de lo absolutamente gratuito, de lo porque sí o porque no. Ella asume la razón suprema y su lógica es la de los ángeles. Hace que la facultad de maravillarse sea infinita. Y encuentra en la más ordinaria realidad una cantidad extraordinaria de sorpresa, de proximidad a lo fantástico, al milagro. En el pan, en el agua, en el sombrero, en el hecho inveterado del día y de la noche, hay, de pronto, una explosión de lo sobrenatural. En todas las cosas duerme un inmenso tesoro de energía poética que se libera repentinamente sin que sepamos por qué. A veces es sólo un relámpago, el súbito resplandor que dicta el primer verso, ese que no quiere decir nada, organismo bellísimo, perfecto y mágico: un monstruo puro. Brillan un instante en las tinieblas mil formas que se sienten poseídas por el foco del verso inicial, percibimos su ansia, su esfuerzo por ascender hasta el don de la gracia. Se sienten sus alas torpes, su vuelo deforme, la lucha a muerte de las que perecen porque no soportan la presencia de la feliz primicia. Y nuevas tormentas se organizan dispuestas con el diapasón donado, realidad nueva que no es necesariamente negación de la realidad ni es sólo inconformidad con el medio, con la realidad simple, sino otra realidad

rescatada por depreciación de la primera. Embriaguez, imagen pura de la libertad humana, cada vez siento mejor tu origen profundamente ético.

Pero ya la selva en llamas, los sentidos y el instinto ya no esclavos, quieren que el cuerpo sea triste y contra la propia naturaleza humana quieren negarle el derecho a la maravilla, a la libertad perfecta. Inútilmente, porque todo se torna nuevo bajo el sol, bajo la luna, bajo la electricidad, bajo el gas. Y el vino de la copa del sacerdote en la misa es el mismo vino del Cantar de los Cantares, canto de amor de la Biblia, es el vino de los Rubayats, y es el mismo vino que hace gritar al mendigo borracho porque no sabe cómo loar la dulce vida. Ese grito es una jaculatoria, una alabanza erguida en monolito impalpable.

¿Qué demuestra mejor que el ansia de la maravilla, el rango aparte, la aristocracia de la especie? Embriaguez, estado perfecto. Atención, borrachines, yo no hablo, para nada, de vuestra miseria. Aquí no tenéis ni una migaja. Ni siquiera comprenderíais. Hablo y no a vosotros, pobres parias, del relámpago de una espada. Su precisión de axioma suprime el ridículo a la sentencia antiquísima. ¿Qué hay de grotesco al asegurar que dos y dos son cuatro? Su exactitud es un relativismo minucioso, capilarizado. Ella es la flexibilidad en su colmo, la agilidad en su cima. ¡Pura voz de Apolo! Algún día, a cierta hora, dos y dos no son cuatro ni son siete. Sino cinco, tres o cero, o no habrá dos y dos.

En la familia de las Gracias, la Embriaguez es la más lúcida por su naturaleza anfibia y su aristocracia singular. Su realidad es ilógica, plural, como la de la sirena y el centauro. Bajo su signo la tierra se redime en la uva, el gran clásico vegetal. ¡Qué generosa voluntad de creación, de liberación ofrece la viña! La tierra recuerda que se ha de escribir con sangre propia y nos hace su transfusión para que la vida afine su exaltante suavidad segura.



Pequeña sinfonía
del Nuevo Mundo

New York - Londres, 1929-1932

La lujuria, magnífica la lujuria.

Arthur Rimbaud

[FRAGMENTO]

—¡No; no es cierto —dijo el pino—, no es cierto! Es imposible imaginar un mar sin velas como un ciego sin tacto. Si los ríos no saben cómo se nombran porque viven de olvidarse, tampoco las piedras saben el nombre de los ríos ni su propio nombre. Creen que no necesitan nombre porque siempre existen, ¡siempre!, que es como no existir.

Decía la nieve con su voz lenta y triste:

—La piedra es un poco de noche dura. Un poco de noche dura.

Pero los árboles sentían que el pino no sabía expresarse y deseaban que los animales...

—¡No; no es cierto —repetía el pino; mas nada afirmaba, divagado por el salto de los salmones.

Lo decía para sí mismo, con palabras más vivas que los ojos, porque había sufrido mucho de las palabras, orgulloso, sin embargo, del eco.

Entre la oreja y la lengua, el gran puente colgante temblaba con el paso fosforescente de los suicidas: un rumor de viento, que había sufrido mucho de las palabras, atravesaba sin estela el terso silencio liso, sinfonía muda y suspendida como la voz del cuerpo. Si los pájaros hubiesen visto el tormento de la tarde, no habrían podido volar y los niños habrían roto sus juguetes y meditado sobre la muerte. Su cuerpo de espacio con imperceptibles hojas azules serenaba la torpe inquietud del pino que lloraba palabras sin poder explicarse.

Mas no se piensa en la muerte así porque sí. La muerte aparece de pronto, de cuerpo entero, cuando su invasión poderosa nos llega tan nocturna que su sombra es la nuestra. Antes de conocerla, no se puede morir. Inmortales por ignorancia, pensaban los féretros de pino, como las piedras que no saben ni su nombre ni quieren aprenderlo, porque viven eternamente en su jactancia, como los niños que nacen muertos.

—¿Qué es el tiempo? —inquirían los pájaros a la cabeza de San Dionisio, a los senos en las bandejas, a los ojos en los huecos abiertos en el pecho desgarrado de la doncella, a la piedra de fuego, piedra viva en que los siglos no sueñan, enemigos de los pedernales.

—¡No; no es cierto! —interrumpía el pino, sin haber escuchado la voz de las reliquias.

Los féretros de los niños son blancos, recordaron los pájaros. ¿Un océano de cantos? ¿Cómo imaginar el tiempo si no hay un canto? ¿Cómo imaginar un ciego sin tacto? ¿Una nube sin cielo? Se puede meditar sobre la muerte de las muñecas, una muerte de luz y estopa. Apenas se cierran los féretros sobre los cuerpecillos que no han muerto porque ignoraban la muerte, la caja se encuentra vacía, pero un poco más duramente concreta en su blancura oblonga de seda.

¿Qué pianos y siemprevivas, qué guantes olvidados y prematuras muertes, qué desnudo corazón abstraído, qué ciegos

lagos y árboles paralíticos, qué recién nacido con las manos amputadas comprendía la voz del pino?

Ardientemente ardía el tiempo ardiente, cumbre de tiempo. Las orugas mordían el corazón de las rosas y en las charcas, hediondas de amoniaco y ácido nítrico, apretaban sus tenazas los escorpiones. El oro de los altares rebotaba sobre los atrios, corría por las calles, por los aires, aleándose a bronce de campanas. Enormes racimos de lámparas pendían de las ramazones cruzadas de las columnas, multiplicando así la serenidad solemne del templo con el ahínco de su luz enemiga.

¿Por qué los niños crueles sacan con agujas los ojos de las palomas? El sacerdote, en su carapacho de oro, es una gran salamandra, un pez fosforescente de las grandes profundidades. Busca el caballo que arrojaron al fondo de los mares y trota por los bosques de palmeras de piedra con una sirena sobre el lomo. Lorenzo teje en el fuego el nido del fénix mientras sobre la tierra corre un río más hermoso que el Amazonas, de sangre roja y verde esperma que con su rumor espanta a la noche misma. El hacha raja en dos a la res. En la enjundia de lava se revuelca el enfermo codiciando sorber aquel vigor palpitante. Inútilmente: ha muerto el Papa. Dormía entre dos robustas campesinas olorosas a montaña y a lluvia, para robar durante el sueño la potencia de sus duros cuerpos calientes y pulidos. Ahora yace agobiado bajo las flores de nueve reinos. La luz de innumerables cirios copia su alabanza en los vidriosos ojos verdes entreabiertos. Sobre la lividez del rostro, los vitrales prolongan un lamento amarillo, ensalivan el cuerpo con su lengua cárdena y gritan las pedrerías de la mortaja.

Bajo las gruesas blusas negras y los gruesos velos negros, los senos les queman las manos a las devotas y los labios se sangran con lealtad frenética. La iglesia, un barco ardiendo en las barrancas oceánicas, centrado por el Santo Padre que quiso ir desnudo a la tierra desnuda y yace ahora entre las flo-

res de nueve reinos, lamido por narcóticos vitrales ojerosos y millares de velas, rutilante como torero muerto sobre el mar. Hervor de la gruesa mortaja que se derrama en epilepsias de podredumbre y oro. Rezan las fieles, el pañuelo en las narices, los ojos sobre el bullir de zafiros, topacios, esmeraldas y poderes que estallan bajo los sudarios pontificales. La muerte ha cerrado los párpados y la calavera, inminente, es doblemente grotesca bajo la tiara.

En los senos escindidos la muerte desentume sus manos cárdenas. Las dos robustas doncellas campesinas, olorosas a montaña y a lluvia, se aduermen junto al Santo Padre. Senos y caderas muelen flores y joyas nauseabundas. Primavera de cirios y guirnaldas asedia su carne bizarra y hace hervir la espuma de agujas engendradora entre sus ilesos muslos impacientes y en las grietas de los hormigueros. El murmullo de oraciones aproxima un mar morado en que navegan grandes veleros negros sin ningún tripulante.

Los coros de las fieles crecen bajo las cúpulas y van a explayarse sobre las plazas derramando conchas, estrellas de mar, senos roídos, goterones de cera. El catafalco flota sobre la marea, anclado en las mantillas negras, entre medusas y lámparas abandonadas a la voluntad fría del agua. Silencio liso, estirado silencio en el templo, densa marea inmóvil bajo el aire duro como el agua dura. Súbitamente, en jaculatorio temblor de cielo, el zig-zag de una grieta abre, de arriba abajo, la muralla de mudez y soledad. Un gran grito relampagueó con la mudez escandalosa y herida de pez súbito que súbitamente se agolpa contra los ojos estupefactos del que se ahoga. Sumados, de improviso, en el lomo del pez todos los estupores vertiginosos de las pedrerías y la fosforescencia de los muertos, tan fuerte clamando mudamente que la vieron los ciegos.

La Muerte allí, en aquel grito, desbordado pavor del niño que por los ojos tragaba el pútrido hervidero coruscante.

Las joyas se le incrustaban en su virgen cabeza abollada por el espanto. Un fétetro blanco, diminuto, dedo de un guante de la muerte abandonado sobre un cojín de terciopelo negro, se hizo trizas en la marejada de rezos y mantillas negras. Mil mujeres vomitaron sobre los altares y se agolparon sollozando en la gran plaza, en la que el sol de la tarde componía hermoso panorama naval.

—¡No; no es cierto! —gritaba el pino en el diminuto fétetro imaginario, con su hermosa voz de cítara bajo los cielos rebeldes.

—¡No; no es cierto! —gritaba con su voz que sólo los árboles oían y las madres que se levantaron a medir a sus hijos dormidos, una cinta en el brazo de Nuestro Señor del Veneno o en el brazo de San Benito, para que la muerte asuele antes que el pecado. Los niños, entregados a aquella extraña piedad que comprendía el clamor del pino y el clamor de las entrañas de las madres, sin saber que ya eran sólo una cinta verde, roja o amarilla, colgada en el brazo moreno del santo.

Los búhos no saben nada, ni las cariátides ni los pinos. Ni la arañita que se perfecciona contemplando el mar desde la flor del almendro. Las rocas, uncidas a las espaldas de las mujeres, son arrastradas por la arena, bajo el olvido de los cielos de las conchas muertas.

—Es la Magdalena —exclaman al ver a la joven de ceñida blanca malla, absoluta y soñolienta, esbelta y fina como la nostalgia de las espadas. Peces resbalan por sus miembros, bajo los barcos arremolinados en el vientre, en las trombas de los senos abiertos como paracaídas de triunfos que tiran a otros cielos los veleros impasibles. Cálidas corrientes arrastran témpanos que se funden en la boca dura y morada. Las aguas se remansan en las pupilas ciegas por el lento paso de los grandes barcos. La cabellera llueve torrencialmente hasta los pies, y ella va sobre sus insensibles entrañas que la inundan de sierpes de lava y pájaros amarillos.

—Es la Magdalena —pregonó la piedrecita dentro de un zapato olvidado en la playa.

—¡No; no es ella! —aseguraba la arañita desde la flor del almendro, protegida por la perfección de la rosa.

—¡No; no es cierto! —vociferaba el pino, triste y elemental como las trompetas de los viejos fonógrafos que con su vórtice arrastraron a nuestra niñez. Pero el pino nada sabía, oscuro y suave como niño no nacido, sus entrañas forradas de seda blanca, al ver las cintas de colores en el brazo mulato del santo.

—Ni lavas ni relámpagos ni las viejas bocinas de los fonógrafos ni las estrellas de mar o los féretros de los niños, ni las alondras, los caracoles, los bandidos o las áncoras lo saben. Yo he visto un rinoceronte de luz de luna y una jirafa de azúcar trotando sobre el cielo de las conchas. Es la Magdalena porque los lirios deliran, los vinos tercos estallan en caricias y sedas apresuradas como barcos en catástrofes. Sus dedos finos, largos tal la trayectoria de una bala, traspasan los cuerpos opacos y disuelven los cuerpos transparentes en una voz de amor que ya nadie entiende de tan diáfana y pura. Es un sueño para todos, oídló terco pino, iracunda lava, que sólo puede conocerse con los ojos cerrados, con los abiertos ojos sin párpados que saben en dónde yacen las enormes trompetas enfundibuliformes de los viejos fonógrafos. Desnuda está como las cosas más grandes que hacemos en la vida: dormir, amar, morir. ¡Oh!, soñadas pasiones eficientes. Hasta los perros aullan provocados por causas sobrenaturales. Gravitación de los astros de las conchas, mares ya secos, vivos aún en la memoria de los caracoles, cielos cautivos en un pedazo de espejo sobre la palma de la mano.

—Sobre la palma de la mano, de todas las manos, cae su torso invicto, sus piernas sin nostalgia, sus jocundos senos suntuosos. Bellas prostitutas de manos de color de cielo cuya desesperanza es bella y grande como la locura, como el suicidio, como el mar. De tan bella, insoportable belleza del lirio y el

vino juntos en el cielo de la rosa, cielo del cielo, en donde falta cielo para tanta estrella. Las fuentes desbordándose de cielo claman ahogándose de sed. ¡Sí! ¡Sí! Las cosas simples sí creen en los milagros, los seres simples y puros, las tristes alimañas humilladas por sus viscosidades, los nardos, los niños, los ángeles de improviso disponen de un mundo alumbrado por la luz de sus ojos, un mundo con la forma de su beso. La Eternidad cabe, como mis labios arenosos, en el surco que hay entre sus senos. Allí está mi vida colgando de su cuello como una medalla. ¡Cuerpo del hombre, medida de toda cosa, nada existe como tú!

—Hablas, piedra, ¡pobre ternura calcárea!, con una nostalgia ósea, con un deseo furioso de ser nuevamente sepultada, de ser nuevamente imposible al sol en el centro de algún cuerpo, de alguna carne. Tu voz es eco y no es voz, a pesar de tu mineral certeza. Y tu bandera, sólo una gaviota que cruza tu sueño.

—Yo he dejado mi cuerpo antes de echarme al espacio —dijo la alondra—, y los cuerpos me emocionan como la muerte. Entre dos espejos salta su imagen, tal entre tu voz y el eco se reconstruye la dulzura de las primaveras. Más allá del espejo y más acá del cuerpo mismo, no sé en dónde, en una alba que acaso conozcan las más tristes alimañas y las iras infecundas de los vidrios y la pólvora, en donde los borborigmos son palabras que entiende Dios. Melancolía municipal del hombre que no sabe que el Absoluto está en sus botines, como en la noche de Navidad de la infancia para siempre hundida en las rosáceas de los viejos fonógrafos. Pero no lo saben los bustos ni la flor del almendro ni el actor de terciopelo negro, el pino o San Caballo, el jefe de los bandidos o el bólido y la hormiga.

—Sin embargo, no se conmueven los luceros ni las hormigas ni el arco-iris o esa luna de estaño. Es ella porque se sonroja la sangre roja y se torna invisible la azul, como el cielo de un sueño. Los ojos penden de los árboles circulatorios en un espacio sin tiempo. Arenas de los relojes se escurren entre

los dedos que tienen tranquilidad de ámbito por un solo vuelo de pájaros hendido. ¡Cómo tiemblan los palacios y el rocío! El renuevo, los pies, la nube, la luz de esa estrella, el labio de la ilusión están ligados por el rayito de la luna pintada en la frente de un elefante de trapo. Y ni las montañas lo saben ni los relojes ni las muñecas o la basura y la gloria.



Dibujos de ciego

México, 1969

I

Lo que escribes es como hablar dormido: quieres rescatar algo de tu infancia irrescatable. No hacer memorias sino iluminar pulsiones que nunca se han desprendido cabalmente de ti. Rememorar su silabario para intuir el porqué de la adhesión fiel a tales efervescencias. Te conformaron, en el primer cuarto de siglo, en una pequeña ciudad levítica del trópico, con sus cicatrices, sus espuelas y sus bridas de humo. Son súbitos encuentros y reencuentros con cierto orden de fulgores, minúsculas catástrofes espasmódicas, cortejos de máscaras y emociones reales e imaginarias: al volver a los años profundos lo que se halla es imprevisto.

[FRAGMENTO]

II

Para escribir libremente debes principiar por ser libre, no por el anhelo de escribir libremente. ¿Cómo ser libre si sólo es hacedera la libertad tolerada para que no atentes contra los muros rígidos y las fosas más profundas que el silencio? ¿Quién es libre? Te alejas de tu afán aun la duda de que al traducir la despótica y rutilante obsesión del deseo pueda parecer que lo haces pormenorizando infantilismos pleonásticos.

La libertad es la celda creada por la imaginación colectiva que compartes. Estás preso en tu libertad, harto de las variantes del edén perdido. No hay edenés perdidos. ¿Por qué cuando escuchas la propia se torna nueva y te expulsan otra vez? ¿Sería edén el infierno si se hubiera perdido?

No eres libre. Y mucho arranca de que no te has limpiado de resabios de un ámbito familiar que no era religioso. Pero fanáticas eran las demás familias, la ciudad pequeña de la niñez, el país. Se respiraba rutina de piedad impía y superstición, castradora de ímpetus, que inficionaba hasta las últimas facetas de una existencia vegetativa. La limpia no cabe ser sólo individual: él tiene tu falsa culpa, tú la suya, ella la vuestra, la mía.

Comportarse en lo posible ajeno a los condicionamientos de los limbos de toda actividad humana. Con la llaneza que exige su complejidad, aspiras a dar ciertas revelaciones del amor, de lo sagrado y la muerte, del espanto de la belleza, de lo infinito y efímero, de los asombros del cuerpo, encarnándose en ti, en él, en nosotros, tiñendo las entrañas y los cielos. Una recapitulación de los graffiti de lo mágico del laberinto común, sin plural, infinitamente singular. Pasas una línea en los bordes de los sueños, para fijar sus perfiles. La línea es neta si se dibuja con palabras de todos los días, manteniendo la condición de

lo soñado. Porque las pulsiones del ánimo son invertebradas y móviles, sólo un acercamiento con tal requisito será fiel a su undívaga exactitud: las nubes se cambian constantemente, y cuando las detienes un segundo ya son otras; pero intentas dar su portento y su miseria, con palabras ágiles y dúctiles que también recojan la sensación del tiempo, de su casi quietud o de su apenas, apenas sensible fluir parsimonioso. Quieres decir lo que a todos ha ocurrido. La vida diaria es el gran acontecimiento inusitado. Las cosas más simples, las débiles sombras de las anunciaciones. Procuras aproximarte a ella, perplejo por su novedad repetida. Sientes para con nosotros la obligación catártica de entregar la literalidad corporal descubierta por el fervor poético religioso en su verdadero sentido: el de religar.

Lo propio es lo más extraño. Lo más ignorado. Con suma facilidad te engañas sin quererlo. Cómo es tuyo todo eso que no conoces, que no conocerás. Cómo eres tuyo. Cómo no lo eres. Perdido en el mar, te reflejas en ello buscando tu identidad, tu inminente soberanía. Su encantado espejo edifica imagen diversa, en la cual no te reconoces. Y cuando sirves de espejo, en su imagen te hallas más que en ti mismo. Pero no lo suficiente. Espejo frente a otro espejo, punción sin fin. No te ves. No aciertas a verte. Sólo hay instantes de plenitud: los sucesivos nacimientos. Las inmortalidades y muertes sucesivas. Súbitas epifanías en que ases lo concreto. Nada es la memoria si no imagina.

Cuando huroneas en lo que fuiste es lo mismo que si estuvieras escogiendo tus embustes en resaca de números contados al revés. Y sabes que te mientes porque barruntas múltiple verdad probable. Lo tentador es afirmar las peores cosas sobre ti, con la idea de vivir un poco en lo cierto. No indagas, exactamente, tal sensación; no te constriñes a denigrarte o no. Excluyes la moral; te encuentras sorprendido por tu inocencia. Si no te identificas, ¿cómo precisar algo de tu ayer? Inquieres la vibración distante de su bronce lunar, sin propósito alguno de problemas inte-

lectuales: desceñir tus itinerarios de molusco, tus coágulos de sombra, con divagación visceral del instinto, en donde la única pista es la propia escritura líquida, lo que sugiere la imagen al ponerte en tu infancia, en tu adolescencia. En las tuyas sólo el escenario rústico y provinciano difiere en la memoria de los mitos de otras infancias. Esos decorados son irrelevantes frente a la capacidad imaginativa y de abstracción que incendia a los niños al sumergirse en un cristal de escarcha.

Paso a paso, sin que lo expliques, se irá esclareciendo la oblicua geometría de tu designio. Lo que explicarás, si algo explicarás, no es el designio del aparecido, es la atmósfera de inocencia que lo circunda. Escribes sobre la arena como el caballo en la liza con sus entrañas. Te tropiezas con tus intestinos, embrollas tus pies en ellos, vas derrumbándote al otro lado, irresoluto arúspice, a pique en la noche vertical de nuevo sueño. Tu lava temblorosa lame la arena con más increíble ternura que la amantísima lengua de los ángeles. No estás compadecido de ti. La flor de tu vientre la arrojas como corona al mar.

Cuando precisas con quién tienes que vértelas, cuando haces comparecer al probable niño que fuiste, no lo encuentras, como si recordaras la existencia de otro. La memoria es embustera patrona de burdel. Permanece en ti la oscura sensación de que acaso lo vislumbraste, y te ves en la jauría de acasos lo mismo que a un extraño: lo ves a él o a ellos, alejándote de ti al sustanciar la sombra. ¿Fuiste ese adolescente confuso y violento que quiso embriagarse por todos los que no se embriagan, apoyar la mano sobre el hombro desnudo, porque no debe haber hombro desnudo sin una mano para él? ¿Ese espectro siempre en exilio y sediento, que cuando lo convocas te habla con voces crípticas? ¿Esa estallada frente estrecha que se obstina en fijar los reflujos de su estupefacción? ¿Esa bípeda necedad glotona de brumas, ese monstruo informe y banal, madreporico laberinto rectilíneo que deseaba hacer el amor

con el arcoiris, los pararrayos y las fuentes? ¿Quién te había prometido algo?

Si supieras a quién buscas, ya no lo buscarías. Vas de lo concreto a lo concreto. Confianza tienes en tu divagar al pie de la letra con realismo de lo imaginario. Su natural semeja arteficio y complicación. Su sencillez desorienta y perturba. Pones un vaso frente a ti y en la luz aspiras a pintarlo. Su transparencia lo esconde y lo vierte en la gloria del día. Es un breve, dormido territorio del espacio. Diáfano trozo de columna. Si encuentras sus límites, tócalos. Lo apuras de nuevo. Despierta aire el cristal.

Perspicua es la intención de conocerte, pero no dispones de aproximaciones válidas en la pesca milagrosa. Estéril es tu empeño de Sísifo en tales sondeos del otro lado que nada más intuyes. Naufragas en el intento de decir lo que no puede decirse, y bien sabes que lo inefable sólo es precariedad de tus palabras. Sí; verte desde fuera, verte en segunda o tercera persona, no pasa de ser ardid de menguada eficacia. Más y mejor te confiesas cuando disimulas. Eres tú quien estorba. Te mueves golpeándote en la oscuridad, desgarrándote, tropezando contigo. Y comienzas a conjeturar que aquello que te guía a estas correspondencias de un mundo de vidrio es el reclamo de inventarte al propio tiempo que indagas tu sinceridad.

Como caminando sobre agua, como se sale de la mar núbil, evocas tu pasado inexpugnable, recuerdas lo que no ocurrió, lo columbras perdiéndolo, adherida piel a su materia volátil, a su ciclón de abortos. Actúas sobre la noche metálica de ese tiempo ido que pulsa lo mismo que un corazón segundo, hasta hacer presente lo que fue, quizá, y atraer tu futuro. Y vives en las tres dimensiones que le das al tiempo, dueño de una dimensión o de ninguna, como en la muerte. Quieres que tus sueños y terrores que te hacían llorar dormido sean pedazos tangibles de su cantera. Porque ignoras lo que estás haciendo,

te obstinas. Si no lo ignoraras, ¿qué propósito tendría? Con el pretexto de rescatar lo irrescatable, de conciliar lo inconciliable, fermentas tu escritura, rescatando lo inconciliable. Ficción de la ficción de la ficción. La realidad, cordón umbilical de la vida, es más compleja que toda ficción o abstracción. Y tú exiges a tu imaginaria flor de aire un poco, un poco, un poco de realidad.

Ahora que escribes estás pensando lo contrario de lo que escribes. Y si lo escribes te sientes igualmente defraudado con tus palabras podridas: cesa de ser contrario cuando lo escribes. Eres dueño de muchas identidades exactas y fortuitas, por la diversidad de vistas y planos, opuesta a lo que descubren tus cateos y convocatorias en la memoria de tus pánicos fetales. El camino rectilíneo no conduce a parte alguna. Ir abriendo la espiral es recorrerla en cortos segmentos, inexpressando lo inexpressable. Un muro de negaciones ciérrase a cada instante en el océano sin orillas, para reducir tu fragmentación que ambiciona la totalidad. ¿Adelantas? Crees que has vuelto al mismo sitio más de una vez, sin haberte alejado gran cosa, sin vaciar la niebla de tu hidra. ¿Estás marcando el paso en el mismo sitio? Pero si regresas al mismo sitio ya no lo reconoces: no es el mismo tú, ni el mismo él quien regresa. ¿Podrías afirmar que es el mismo sitio? El espacio escapa como el tiempo. No existe el mismo sitio. Lo real es una apariencia momentánea. Sólo la muerte es cierta. Y el deseo. ¿Qué sueño es mentira? Se requiere infinita fe para creer en la existencia de la realidad.

Cuando retornaste a los lugares de la infancia, no retornaste a ellos. Todo había cambiado. ¿No eran otros los volcanes? El ámbito desaparecido sobreponíase al que contemplabas. Quedaban algunos muebles desvencijados, náufragos de la isla muerta de tu niñez agarrada a la mesa y al sillón en ruinas. Embebidos de nuevo afán, tus gozos despertaban en ellos que aún esparcían vestigios de su ternura, y por sus cicatrices,

cargadas de alma y pensamiento, iluminábase la sombra: un alud de años volvía en un instante, largo film que abatíate con su visión descalabrada y unánime. Ibas al espejo, y sobre los despojos de tu imagen te sobreimprimía acogiendo memoria diversa de la tuya, repitiéndote que no habías regresado. A veces, asomaba tu rostro niño, fantasma yendo de la inocencia a la experiencia, como si el espejo también buscara recordar; como si buscara en ti las cosas idas; como si algo de ellas persistiera en el fondo sin término de su tiempo líquido donde yacían tus jirones. El espejo te copiaba con algo de lo que fuiste, asomado a él con anticipos de muerte y ahíncos de evocación, pretendiendo releer las páginas primeras. ¿Por qué no vuelves el espejo contra la pared, para que enloquezca? Sabías que no recordaba, fiel sólo a la presencia, exacto de olvido: su historial de apariciones se hundió en su agua veraz que desleíate bajo el sol oblicuo que desde dentro lo encendía. La mesa y el sillón te hablaban igual que las piedras desgastadas por tus zapatos, restituyéndote la oscura herida misteriosa de la niñez, porque siguieron a tu mismo paso tu detrimento. Sentiste como si otra vez hubieras partido: retornando te marchabas. Y de nuevo te acongojaste con la exigua resurrección en la resonancia igual de las piedras, el espejo sin nadie y el olor a sombra y frenesí de los muros en donde leías las manchas salitrosas. En ti combatían tus años matinales con los años adultos, y creabas una imagen que no era tributaria de la del sueño o de la recuperada. Tu infancia, agónica patria, íntima quemadura silenciosa, reencontrada y perdida, sin estandartes ni tambores. Viajaba contigo. Era tu carapacho. La habías secretado. Su pasaporte, el único válido. Ciudadano de la Vía Láctea.

En tierras extrañas te inventaste la tuya. La edificaron tus imaginaciones, para no salir de ella que te expulsaba minuciosamente. Tejiste el capullo con el cual te arropaste. No te habías marchado nunca. Fue un sueño tu vuelta. Tu

ficción y la realidad empezaron su batallar: dos sueños a brazo partido. A veces, los muros recobraban su estatura primera y el jardín fue vasto como antes; otras, lo que creías ver, lo que veías seguramente. Y hasta los muebles roídos por tu mirada, henchidos de piadosa permanencia que jamás cambiaría, te preguntaron: ¿Qué haces aquí? ¿No estabas en tu niñez, única patria verdadera? Así, lo sentías, y derramado y disuelto, te extraviabas en reflujos de tiempos y espacios. Vivías en presente, bajo luz futura, tus raíces nutriéndose en la zozobra de los vivos y en el polvo de los muertos. Tu vinculación te abría con preguntas cuchilladas.

A veces te recogías dentro de tu caracol. En tu claridad resumías lo que en tu famélica dispersión devoraste. Regresabas al panal levítico, denso de mieles y pólenes lejanos. Todo te interrogaba cual si fueras el intruso. ¿Encubría aborrecimiento la interrogación? Al dudar de la verdad escondida contemplabas los años vividos fuera de tu reino. Tornábanse instantes esos años pasados sólo con su imagen. Seguías soñando tus mitologías de niño, y al recorrer sus bosques los árboles se hacían antorchas. La ausencia fue lente que reconcentró la luz y la volvió abrasadora. Allí está la flor que viste al partir, temblando aún en la misma rama. Y el mismo colibrí aleteando, casi inmóvil, sobre la misma campánula. El ciego mendigo maya petrificado, un santo ya en una hornacina del frontispicio de la iglesia. Nadie los vio nunca. Te conduce el niño que fuiste, tu joven abuelo. Paraísos que ya no recuerdas desearías redescubrir para reconquistarlos. Como si pudiera volver tu lumbre con palabras. El inagotable viaje en torno suyo sácate las tripas y con ellas te baila. Silencio espeso, muro de tiempo, te aísla, y tu danza de abeja se ve absurda y sin compás.

Te detienes en el tiempo feliz detenido. En tu campánula. Y ello es desgracia insalvable. Súbitamente, ciertamente, imperativamente, aquel paraíso como un infierno, porque seguías

siendo recóndito niño desterrado. Oscilabas de tu niñez a tu presente, dentro de la niñez difunta, con los ojos maduros. Pero no podías cancelar lo recorrido. Arrastrábate la realidad aguas arriba, cada vez más cerca de tu día primero, hasta el manantial. Descuartizado, te dabas de alimento en ofrenda de bruta religiosidad. Eras el centinela y el enemigo. Tornaste a ser hombre de maíz, Brujo del Envoltorio, Brujo lunar. Un maestro mago. ¿Cuándo te vas?

Pabilo humeante es la antorcha. Te hablaban de tradición. Pero tú veías una escandalosa rutina de miseria y oprobio. Sacralizaban la infamia y la basura. Al infierno, de tan desgarrado, no lo ocultaron el pintoresquismo y el color opulento. En donde otros percibían un canto y un encanto, tú percibías un alarido y una pesadilla: eran escarabajos peloteros rumiando estiércol, para cebarse con lirismo prefabricado. No veías vuelo hacia lo primigenio ni invención. Sino un rodar sobre la fétida bola de provisiones. Y rodaba la bola con estallidos como débiles cuezcos. Qué apoteosis de la mierda. Habías llegado a una supuesta infancia y vivías entre extranjeros. Te diste cuenta tú, el nativo, islita de soledad rodeada de compatriotas que no sabían bien en donde estaban, porque nunca sufrieron fuera y no llamaban las cosas por su nombre. Y cómo amabas a los niños más silvestres, a la espalda de la madre india, con sus monteritas rojas hasta la nariz, para evitar los maleficios.

Lo único que va quedando en el caminar a ciegas por la probable niñez aborrecida y amada, son estos exorcismos, estas metamorfosis y aproximaciones vacilantes. Porque si algo pudieras dar de la gama del espectro de cuando enmudeces o te mientes, de lo que no deseas ver, de lo que a ti te escondes, de lo que repudias, sobre el vértice pararías la pirámide: estás intentándolo desde que comenzaste tus cuartillas imposibles.

VI

Escribías su nombre en hojas de hiedra que secabas entre páginas de gramática o historia. Anónimamente, echabas claveles o rosas del jardín de casa, heliotropos o violetas en el buzón de la suya. ¿Cómo reparó en ella tu hermana mayor? Un día te da una magnolia para que te luzcas escribiendo en los pétalos. Grabaste el nombre de la niña en un pétalo y el tuyo en otro. Dos pequeños círculos encarnados se encendieron en tus pómulos hasta cubrirte la cara.

Casi no eras niño y casi no eras adolescente. El amor surgió en esa penumbra, con ímpetu tal que fue levitación. Los niños que sufren el primer amor llevan aureola y no pisan la tierra cuando caminan. Estuviste enajenado, sosegadamente ausente de lo que no fuera tu estúpido y portentoso éxtasis interminable. Sueño ambulante cubierto de enredaderas de una presencia que te ignoraba, mito con agobio de verdad total, en donde tu emoción sobrepujada era informe himno sin límites con la elegancia infinita del caos.

Esta solitaria historia de tu amor ocurrió íntegramente en ti. No compartías con nadie tus tormentas, altas y un poco tristes, un poco ridículas tal vez. Te aislaste en tu estado angélico, embebido en tu misterio de novio oscuro. Hay dolor en esa impaciencia visionaria, en esa desmedida ternura inexorable y sin cauce. Otras fueron menos abrasadoras y de distinta exaltación y angustia. La sientes aparte, tan diferente de aquellas pasiones en que ya pudiste articular palabras. Fue real de toda tu realidad hipotética. Danzabas en tu arrebató como limón en el surtidor.

Iluminado por dentro, a todo adherido con tus yedras rampantes, desbordábase el mundo en nueva luz y en nombre de lo real tomabas posesión del continente recién descubierto. Tanto te habías encontrado que no sabías quién eras, excedido

de realidad simultánea. Tu mandato era tan radical que te confería plenitud de ensueño. Tus sentidos asomábanse a otros horizontes, y ese vuelco producía álgebra nueva. Cerrado el paracaídas, no terminabas de caer dentro de ti, estrellándote siempre, sin llegar nunca, cayendo hacia arriba, más despierto que nunca, en un día más día que nunca.

Incandescente y solo en ese caminar a tientas dentro de ti, oh niño mío, para ir al encuentro de su figura indecisa que te creaba un absorto universo de sordomudo. Un universo inempañable que cegábase con su blanca luz suspensa. No fuiste su primer amor; ni su amor. Este mal o buen reparto de lo definitivo, cojera de un sueño nunca igualmente soñado, es la felicidad. Los amores de infancia, quizá ni presumidos por tus amadas sucesivas, dos como tus ojos, soñados y sin correspondencia, sólo fueron tuyos, tan bellos y concretos que te retraían y te expulsaban de la realidad. Asidua adivinación y un imaginar hosannas que no sabrías decir de tan reales, espontáneos, completos y simples. Sólo puedes delinear musgosamente su existencia íntima y elemental; decir que fueron alguna vez, inapto para precisar sus jaspeados de ágata, su perímetro de meteoros recónditos. No te sentiste ridículo al ser ángel. ¿Cómo dar apropiada limpidez a la representación de la inocencia, a la reinención del mundo? ¿Quién es capaz de darla? A veces, era un mar y obsesionado te acercabas a la orilla. A veces, una florecita común. La desmesura de las oscilaciones de lo inmenso a lo manual de tu figuración, tus vastas desproporciones sucesivas, la ansiedad de condensar la sombra, tu amor. En tu enardecimiento, dulce y apremiante, estabas, niño viudo, más solo que siempre. Principiabas a saber acaso que también requerías ir hacia ella. Realizarte en ella. Verdugo y víctima a la vez, te izabas en la cima de tu ser, abismado en tu infinito propio, por afán que hacíate más tú que tú mismo.

Siempre se está solo, aun en la infancia. Sobre todo en el amor de la infancia. Y cuando la imagen encarna en un ser, éste no es el mismo, sino una creación absoluta. Amando a la niña en sí y a su imagen por sí misma desbocabas en mitología. En el fondo, tú querías ser, pero no lo sabías. Ser más, salir de tí, excedido de nacimiento y de un mundo de invención, para desolarte en tal espacio angustioso y tenso, transfigurado no sólo por la niña sino por la maravillosa imagen suya, a la cual amabas y te rendías más que a ella misma.

Siempre ignoraste si tu novia sospechó algo siquiera de tus grumos amorosos. Fabulosamente fabulabas por ella y te creabas en su nombre, circunscrito en el inagotable paisaje de su rostro. La imagen suya, omnipotente, invulnerable y real, que habías inventado, te amaba. Esa realidad vivía en tí con la fuerza de tu sueño y de tu vida, y por ella cumplíase tu avidez de ser. Fuera de la niña, epicentro del paraíso, todo se nublaba de caos y ausencia. Te habitaba un mar de mareas regidas por tu paranoico auto sacramental. Te sentías ligado, que había un secreto entre los dos. No importa si nunca supo nada, oh niño mío, si nunca te miró. Tú, el más solitario, te quedabas en tu desierto con la única flor sola, escondida en tu transparencia. Tú no soñabas: ahí estaba, y ahí estaba si soñabas. Era el universo. Hacía retroceder los límites de lo inconcebible. Nacías de nuevo. Todo lo que le diste era suyo, mas no lo suficiente, para pagar tu deuda por su verdad inmensa. Llenaste el tablero del juego. Los peones en su lugar; en el suyo, la Reina. El ballet principia con una acompañante imaginaria. Se mueve una pieza y se trastrueca íntegramente la problemática. ¿Quién la movió? Había surgido de tu sed de lo concreto, como un cabo en la penumbra. Hiciste que se adelantara en el mar, en tu mar, como cabo medroso, como península tímida. Vivías un preludio compuesto de instantes mágicos. Habías creado tu primera metáfora. La primera fabulosa metáfora de tus sacras escrituras.

VII

El mundo está hecho para ti de mediodías de primaveras sin edad, nuevecito y limpio, recién pintado y unánime, tenso y niquelado, con unos amarillos vibrantes, con unos verdes únicos, con unos azules, violetas y rojos ardientes, entregándose como en los grandes frascos suntuosos con que se anunciaban las farmacias.

No hay ilusión alguna pudriéndose: todo es presente y todo es presencia en la maravilla de vivir. Amas tu cuerpo, asir, mirar, oler, oír, gustar. Todo es inmanencia profunda, cenit en donde el ser no escapa a las emociones que fermentan en ti engendrando encantamientos. Siempre contemplas el mundo por vez primera y de un momento a otro habrá un mundo nuevo en el mundo que estrenas. Todo habla simultáneamente inteligible y es tuya su lengua esplendorosa en que todos se comprenden. Antes de que discurras, nada deja de ser realidad y utopía, himno de tu abstracción que te adivina y está al alcance de la mano. Todo es inalienable éxtasis en su colmo que no es colmo, y se afianza y no cumple años en el azoro visceral. Son niños la luna, la lluvia, el sol, las nubes, el viento, y juegas con ellos. Todo es milagro y no hay milagro en el mundo sin categorías y sin dudas. Te ases de él como del pecho de tu madre. Todo es canto. Todo es todo. Y tienes el reino.

Y no hay una arruga en la enamorada luz violenta de tu jardín sin término. Ni nostalgia o esperanza. Ni memoria: sólo imaginación. No se vive tiempo sino cielos y espumas. Una sonrisa de la luz, el claro día sin fin en que nada es imposible. ¿Se puede hablar de tiempo? Lo que acontece es irreflexivo y exultante estado de gracia. Nunca es cursi un niño: vive en revolución permanente. En creación permanente de minotauro que mató a Teseo. ¿Cómo dudar, niño absoluto, niño adánico, que eras eterno en el canto inaugural de tu divina

vida irresponsable? Eres un déspota de tu nocturno reino, prodigio de unidad, copa de sed del agua. Copa de pájaros. Carece de cotidianidad la vida. Seduce tu voz los cielos y el estiércol. Todos los días son el primer día de la creación de una imperiosa realidad sin hipótesis en su trono infinito de reina.

Nada falta y nada sobra al mundo con zapatos nuevos, total y asombrado de sí. Abolidas las contradicciones con la terminante evidencia, la vida surge dentro, pesca milagrosa, en borbotones de metáfora. La sombra es música más carnal que el relincho redondo del clavel. Los inválidos tiran las muletas. Es regalada la felicidad. Para escuchar se ha callado un instante el sordomudo. Las cosas conocen su nombre, caben en él. Las creas al nombrarlas: húmedas están por su bautismo, emergiendo siempre actuales, soberbias y desnudas. Miras con los ojos del pez y el pájaro, de la mosca y el ángel. Con alma iluminada escuchas el corazón del mundo, más férvido que el de los nueve siglos del paraíso intrauterino. Sueñas la vida y vives tus sueños. Qué real la realidad, sueño indetenible. El horizonte, estirado por tu mirada de dios niño, va en ti adelante de ti, cantando con todos sus violines. Tu ignorancia sabe mucho más que lo que alcanza a expresar. Eres magia y no tienes magia, porque no hay magia en tu furia de vivir. En el tumulto de tu universo mítico descalza va la vigilia danzando y va descalzo el gemelo sueño idéntico. Nadie puede diferenciarlos. Los ojos ven más allá. Más cerca están los seres y las cosas.

Un millón de ojos, un millón de tactos. Serrallos de sentidos te ponen el mundo en las rodillas. Vives una realidad de latitud más espaciosa en la cual la realidad ordinaria no es ni la pista para despegar. Eres todopoderoso. Nada vive sin ti. Te hablan los árboles, las nubes, las piedras, las hormigas. Paladeas la voz narcisista del silencio y tejes el horizonte con la imaginación, el sueño y otros elementos que no sabes decir. El vértigo del infinito comienza sensiblemente por doquiera.

Haces buches con los mares de los mapas y se anima la zoología geológica de los carteles escolares. El dinosaurio es un ángel. El mundo, un absoluto. Todas las letras son vocales. Sobre la pizarra alumbras constelaciones que la noche no puede plagiar-te. Eres perfecto: en ti no hay indicio del mal. El ser coincide con la existencia. Las ventanas se abren a paisajes temblorosos de resurrecciones. Vives una imagen inagotable, la vibración de un gran címbalo.

Se pierde la inocencia al tener presagio de la muerte. Es definitiva tal revelación, aunque no se medite con ahinco en ella. Paulatinamente progresaba en ti su simiente, desprendida de su eternidad, tal una muerte escasa, sin situarte en el aniquilamiento, en el polvo. Suponías la muerte otra navegación; los panteones, como embarcaderos. El féretro arrastrado por las poderosas corrientes de la tierra, igual al barquito de papel en los arroyos de las grandes lluvias. Tendido bocarriba, veías la luna de la noche limpia y te embarcabas y transfigurabas con la navegación de los féretros. Algún tiempo, transcurrida ya la niñez, conservaste la certeza de tu vida perdurable. No había escisión entre el hombre y el dios que te creías. Tu codicia creaba el mundo y a ti mismo a cada instante. Imaginabas la muerte de los demás. La tuya te fue inconcebible. Te sentías hecho de invulnerabilidad misteriosa. De tal convencimiento surge la potencia de agresión y lo temerario de esos siglos de pólvora. Vida entusiastamente desbordada e infalible de singular pez del aire. Turbio acude el escándalo de la muerte y se arrebujaba en música de fondo, derrotado y sin inicial horror de caos. Fue penetrando poco a poquito, macerándote, invadiendo el imperio del sí rotundo de ser. La ilusión de inmortalidad va rayéndose sin oprimir. Va quedando a la medida, suavemente consuetudinaria.

En tiendas o puestos de ferias en que se venden cromos de santos viste uno de las edades del hombre. También había

otro dedicado a la mujer. Es una escalera que asciende del nacimiento y desciende a la muerte. En cada escalón se distingue una etapa, hasta llegar a la cima que dura un segundo. No has podido olvidarlo.

Mientras uno las vive, vertiginosamente sin tiempo son las eras de hibernación de la infancia, construidas sólo de domingos. Son amplias calendas elásticas, con su flora y su fauna que van desapareciendo en las capas geológicas de la memoria. Algún monstruo a veces despierta milagrosamente y resurge asombrado en busca del paraíso perdido. Sobrevive corto tiempo, dejando huellas que no permiten la reconstrucción de su remota estructura. Esos periodos suelen acudir de golpe al conjurarlos, semejantes a cuando con un vistazo se ciñe la noche agujereada. Como la primavera estalla en el invierno de los países fríos, en que a la noche siguiente de no sabemos bien qué día los árboles amanecen cantando hojas verdísimas, estalla así la adolescencia. Y se ensombrecen la voz y el pubis.

La niñez es un caos milagroso que necesita complejos monumentos verbales para que aflore su compartido prodigio trivial. Todo es enigma y respuesta simultánea que no defrauda e interroga nuevamente. Cuando vas descubriendo los hilos, el enigma no se amengua: el deseo crea la realidad, la realidad el deseo. Y en el abismo que los une, en el puente que no acaba, acontece la existencia. Con el apremio inquisidor con que después de nueve siglos te desgajaste del claustro materno, sigues expulsado y expulsándote de todos los paraísos. Los fantasmas que hacen soportable la vida se yerguen en la zona perpleja que divide la realidad del deseo, adelantándose de lo incierto hacia lo verdadero. Nunca barca alguna tocó el otro litoral. Y cuando el deseo parecía hincarse en la realidad, era aquél más prodigioso que Midas: tornábase en deseo otra vez y situábase lejano, rehaciéndose a sí, zarza que no se consume. Y

otra vez más si la realidad creía haberlo saciado, sin dar nunca la convicción de ser insaciable, siéndolo, otra vez más, siempre otra vez: quemando una distancia imposible de abolir se desespera como perro que pugna por morderse la cola que no tiene.

Lo que no atinas a evocar no ocurrió. No hay memoria del olvido, arqueología en las ruinas de los sueños. Te esfuerzas en evocar algo que supones que ocurrió; es decir, te falta impulso para engendrar. A todo se puede volver, menos a la infancia, y nada atrae como lo imposible. El olvido que ocurre en ti no sabes ponerlo a flote. El que en mí ocurre, lo rescatas al espumar y burbujear con ese recuerdo tuyo que dejó de ser mío. Hay sólo una memoria, fosa común en la que se hace la pesca milagrosa. En la memoria abisal caminas, hombre de poca fe. Y me hundes y extraes mi cadáver niño desfigurado por conchas, cienos y algas. Buscas tu cadáver, y ése nunca lo encontrarás. Tal imposibilidad de vivir la muerte, de vivir tu cadáver inmortal acaso es el olvido.

¿Cómo encontrarte entre lo real y lo imaginario si no perdiéndote?

Las cosas no son como acontecieron. La realidad no está aquí: es siempre un poco más adelante de donde llegas. Un poco más. Siempre un poco más. Lo que te rodea es la epidermis de tu abismo inagotable: puedes adentrarte ilimitada y vanamente. Lo que sueñas, lo que ves, lo que amas, lo que piensas, lo que tocas o imaginas, aprehendes o recuerdas, es trasunto suyo, mas no es la realidad. El muerto ignora que murió. Eres un muerto con memoria: un poeta.

XII

Secundino, el albañil que trabajaba en casa, era tuerto. Te gustaba comer con él. Compartía sus manjares y te recreabas

con sus historias de aparecidos. Regresando de San Felipe, la tía de las confituras de frambuesas cuidaba de ti y las preciosas primas. De pronto, precipitadamente, ciérranse portones y tiendecitas ante la muchedumbre en busca de refugio. Martillando una pistola que no hacía fuego, un hombre retrocedía ante Secundino zigzagueando a saltos y cargándole a puñaladas. Oyes la percusión frenética de la pistola que en el tumulto te apuntó entre las cejas. Las primas se prendieron de la falda de la tía. Tronó un disparo. En la calle, algunas gentes rodeaban a Secundino, por tierra, abriendo la boca con desesperación. Al pasar a su vera, cerró su ojo, te miró sin verte.

XXI

En la infancia llovía más fuerte. Sus diluvios repiqueteaban sobre techos y jardines, con truenos estentóreos despeñados en la lejanía, mientras centellas pertinaces rasgaban el espacio, haciendo retumbar las vidrieras y acrecentando el caudal exacerbadamente. Después de la tempestad, torrentadas corrían por las calles, y la tarde joven, olorosa a lluvia y olvido, tornábase más honda con el sol que esplendía en el cielo lavado, cerúleo y alto.

Convencido de que llegarían al mar, en esas torrentadas echaste los primeros barquillos de papel, con velámenes tensos de viento y mástiles. Los veías perderse, con impresión perturbadora de nostalgia, semejante a la que después te ha desolado cuando zarpan los buques, soñando ir a otra parte. Los niños nunca pisan tierra firme y caminan como marineros.

No conocías el mar. ¿Cómo imaginarlo? Habías visto en el cine, en grabado, en fotografías, su copia desprovista de realidad. Sabías nombres de mares de colores: rojo, negro, blanco, amarillo. Te lo figurabas de intensa voz y te maravillaban con

sus piratas en islas de prodigio. Hacías girar la esfera y luego la inmovilizabas con el índice, para viajar en esa lotería a un país escogido con los ojos cerrados, tal como fue tu nacimiento, porque estuviste a punto de no ser hijo de tus padres. Hacia un reino de aventuras partías un poco en cada barco que botabas. Después, en los estanques de los jardines, lejos de la pequeña ciudad en ruinas, te has olvidado de las horas viendo a los niños jugar con sus veleros. Soñabas con los tuyos arrastrados por la corriente hasta el río del pueblo en que tributan las grandes lluvias que conocen el mar.

Tu padre los subió al tren sin decirles a dónde los llevaba. Tus notas altas en ese año de tus evasiones de la escuela, así como intentar otro acercamiento para que no estuvieras resentido, decidieron este viaje con los hermanos. Alguien preguntó a tu padre si iban al puerto. Escuchaste la contestación. La sorpresa no perdió su fulgor. No habías visto nunca el mar.

El sentimiento del infinito no lo tuviste con el de la muerte. La muerte, sin amargo estupor de eternidad o infinito, te dio idea indecisa de su tremendo para más que siempre. La pensabas más acá de su realidad, en lo distante y, tal vez, en relación a un tiempo indefinible. A tu amigo muerto, compañero de escuela, ya no lo encontraste, como sucedió con Secundino, el albañil que trabajaba en casa cuando lo asesinaron. Vivías un poco la muerte de ellos, la muerte de los demás, como los muertos no la vivieron. Los muertos mueren inmortalmente su muerte.

Al contemplar el cielo tachonado y enterarte, sin poder concebirlo, de que todo es como una arenita en la playa, con mayor firmeza te muerde la noción de infinito. Nada es menos accesible que lo finito y más accesible que lo infinito. Al salir de la tierra, tu elemento, y divagar por el espacio, tuviste desasosiego diferente y similar al que te producía la llanura inagotable. Ante las manchas azules de los mapas, te explicaron que hay más de tres veces agua que tierra. Tal extensión,

al recordar el cielo y la llanura, te procuraba una idea menos imperativa de infinito. Si anduvieras hacia esa línea en que se hunde el arco del horizonte, ésta retrocedería parejamente, empujada por tus pasos. Sabías que la inmensidad lacustre conocida no era comparable con el mar. Pero una masa azul cuyos litorales apenas se dibujaban en los cerros distantes, no la habías visto nunca.

Antaño, en la época del cine mudo, cuando se zurcían los calcetines, había unos huevos de madera para tal menester. El huevo se abría por la mitad y quedaba otro que se abría a su vez. Y otro huevo se abría y otro, conduciéndote a la noción de que siempre podía haber uno más, empollando así el infinito. Con el espejo la obsesión era más taladrante. Estás seguro que es repetida, común en muchos, la imagen de un espejo frente a otro espejo. Y este otro espejo reflejado frente a otro espejo reflejado, que a su vez refleja a otro y a otro, en unánime buceo sin fin. La preocupación por el infinito es memoria de la inmortalidad. Tener en la mano ese ensimismado infinito manual de espejos que se sueñan, te absorbió más que el cielo de la noche inmóvil, carente para ti de una realidad como la del espejo frente a otro espejo. Siempre recuerdas mejor lo visto que lo leído.

El tren paró en la estación terminal, un galerón a orillas del mar. Al apearte, al fondo del galerón, en el día henchido de gruesa miel de sol del trópico, un mar inadmisiblemente azul, luminoso y turbulento, con vasto estrépito restallaba sus olas monumentales. Dejaste caer la maleta, y sin escuchar los gritos de tu padre alarmado por tu reacción, corriste hacia atrás y adelante, jadeando con el mar adentro, perdida el habla por las coces de la inmensidad.

XXVI

Pintabas para ti obras maestras, para estar contigo y para salir de ti y ser más tú mismo; para insultarte y conocerte y resucitar, deseando, por miedo de tener razón, que más veloz pasara el tiempo. Tu timidez escarlata te impedía compartir una belleza que acaso no habrían podido asir. Lejos de la piedad de la mentira, del cisne petulante sobre la herida de lodo, en tu cenit abrevaba el laurel secreto en donde no titubeaba estrella alguna. Apasionadas de fatalidad, hacían el amor tus formas: júbilo y danza de la angustia de gritar sin ser escuchadas. No dejaste rastro de tu vida —muerte hermosa y manual como una manzana. Así, con no deseada insolencia, negaste tu nacimiento y pudiste comprender que sólo por tal cirugía sin heroísmo eras otra vez y otra vez expulsado del paraíso. Tu casa sin ventanas se hizo vertiginosa diafanidad, y tus alas de piedra lenta se desplegaron en el ágil amanecer de las profanaciones.

XXIX

Haciéndole la autopsia al mar tendiste sobre el infinito de la página en blanco la mujer. Daba realidad a la realidad su nacimiento perpetuo. En el pórtico de la espuma, encendidas detuviéronse las palabras. Una ola de ritos alzábala sobre el desierto de cenizas de las mitologías, al propio tiempo que destrozaba su alma contra el muro que protege al polen de la muerte, con el cual el pensamiento es más pensamiento, al supurar contra sí silogismos de pájaros. Y, por fin, la voz que la nombra sin saber su nombre la deja tendida recordando sin memoria, erigiéndole pirámides de ahíncos que son piedras que

son nubes, mientras las palabras, las cuerdas de los ahorcados, los relojes y los violines, quieren decir, henchidos de pavor e infinito, el último golpe de mar sobre la hoja en blanco que se hunde en el vórtice del ombligo.

XXXII

En la jaula del parque zoológico de Amberes, al zopilote —ceniza y carbón—, apenas si le temblaban las yertas alas descoloridas.

El pajarraco, ayuno de carroña y materias fecales, parecía un arcángel condenado.

Pedazos de carne sanguinolenta como brasas aliviaban la sin fin y ubicua pizarra invernal.

Recordaste los trópicos. Los zopilotes con alas inmóviles deslizándose sobre los campos ahítos del sol innumerable.

La nostalgia del zopilote subrayaba la aterida sordera del ámbito bajo y plumoso.

Largo tiempo lo contemplaste.

Al día siguiente insistió el desterrado en volver al zoológico.

Tú querías volver a los Rubens de la catedral.

Fueron a la gran jaula del zopilote.

El desterrado sacó del gabán un paquetito cuidadosamente dispuesto. Lo entreabrió y arrojó sus heces al ave miserable.

Solemnemente avanzó el zopilote. Con cadencia inmemorial, asintiendo como un catedrático, de tres picotazos devoró el tesoro.

El desterrado volvió al otro día, subyugado por la fascinación mágica del rito.

Es lo más tierno que has visto en tu vida.

XL

Alguien te ocupa, se instala en ti, para trazar estas líneas tuyas. De pronto, te vuelves sombra de ti. Domina en el diálogo la voz de un tercero: la tuya, lector. Nada se puede decir a otro si éste no es uno mismo. Nada se puede decir de sí mismo sino la palabra de otro tú mismo que a los dos dice lo que otro le ha dictado. Tu silencio es de todos. Como tu canto. Quisieras querer lo que quisieras querer si quisieras querer si quisieras. Silencioso de repente el mar hasta enmudemar, sin oír la forma pura de la realidad más pura, siempre ausente, sempiterna siempre. ¿Cómo salir del silencio conocido y gárrulo? ¿Cómo salir del hormiguero? ¿Cómo otra palabra, con estremecimiento de otra especie, luz más alta que la luz? Quisieras que enmudemarte fuera...

XLII

Sentados frente al mar, sobre su muslo tu mano, marítima también, como su muslo infinito y nocturno. Erais la aurora inmensa de sus lágrimas: enamorados flotabais en los celestes lugares comunes del mar que ya no pudo, no pudo recordar las desnudas palabras que acaso lograrían balbucir la inmensidad que colmaba el cielo sin estrellas: vuestra pasión absorta de sí, de noche y de silencio.

(El mar eterno, idiota y hermoso).

XLV

Amor, muerte, infinito, trinidad del mismo absoluto. Esa nebulosa asume el deseo, labios de la luz que no saben mentir. Despiertas de tu vigilia, fénix incandescente sentado a la orilla de la noche, tus pies meciéndose con el aliento del caos. Palpas tu corteza y columbras amaneceres en la savia recóndita, hundidos aún tus cantos, desesperándose como luceros que presienten el alba. Y las mareas de tus hormigas invaden el piélago de la página en blanco en que se yergue la angustia sin ventanas. Así, has vivido, solo con tus palabras que crean tu paraíso y tu exilio: eres poema de polen nocturno y de imanes lejanos.

XLIX

Embalsamaste y adornaste a tu infancia con sus joyas y oropeles. La aguja del reloj lúcidamente recorría su órbita sin lentitud y sin prisa. Pareja y sorda. Cuando descendiste al hipogeo, muy anterior a tus pirámides, el cuerpo habíase disipado sobre el lecho de piedra, en donde polvosas gemas de collares, ajorcas y anillos quizá lo figuraban susurrando total incertidumbre de posible forma: yacía en el ámbito hermético, y tú lo respirabas y lo pusiste a caminar bajo el sol. Más que sobre el lecho de piedra, en tu memoria cercó tu índice su irresoluto perímetro imaginario, y soplaste el humildísimo serrín de tiempo, esbozo imperceptible de ceniza de ceniza de sombra.

L

Al probable niño que fuiste. A su siempre tórrida sombra. A su dulzura de molusco y filo de navaja. A sus miserias y tesoros. A sus orgías de estupores y espantos en el alba. A su ira de colmena destrozada. Su esqueleto de ángel en tu carroña de tigre. Con ternura infinita aprietas tus órganos sagrados y tus ojos cuelgan guirnaldas sobre los precipicios. Por el borde del cielo, ebrio de marismas y rojas cabelleras, viene tu otoño soñoliento, octubremente barbado de rubés.

LI

Como hablar dormido.

Como hablar dormido.

Como hablar dormido.



Lázaro

México, 1994

*Como una flor de hielo sobre un piano,
Lázaro, en medio de la noche, ciego.*

Cuando El Hombre de la túnica blanca
Sin piedad, sin piedad, dulce me manda
Lázaro, levántate y anda,
Su sentencia taló mi pensamiento
Y no pude siquiera balbucir.
Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?
Era un aborto, un vómito era.
Y arrasado me fui por mi destino
Mendigando una muerte de rocío.

¿Renacer es más fuerte que la vida o la muerte?
Nadie conoce el dolor sobrehumano
De volver a la vida.

Saliste de una rala tierra inválida,
Como estéril semilla paulatina,
En ignorados brazos apoyado
Que otra lengua hablaban.

La luz te lastimaba, el universo,
Y con desolación de pez ahogándose
El aire masticaste.

En tu barba de heno y desconcierto
Fulgó un lucero pútrido enredado,
Un lucero de fango y de resentimiento.
Tu cuerpo amojamado,
Bostezo de una estatua,
Caminó tenso, soñoliento,
Navegante y lento el paso
Con la alondra preciosa de la fábula.

Yo fui, Señor, tu Adán
El polvo anuncia Tu Verdad, Dios mío.
Yo no reprimiré mi boca.
Hablaré con la zozobra de mi espanto.
Soy el gemido último
De aquel que vio la luz por vez primera,
Y hay que inventarlo todo
Con orgías por nadie comprendidas.

Yo estaba ahí, mucho antes que el mundo,
Mucho antes que el azar y que su música,
Vagabundeando dentro de un diamante
En un tiempo de rayo que perdura.

Me puse a vomitar
La miseria del mundo,
Con un furor inmundado
Y pedregosos hipos de caballo.

Naufragó la Belleza
Y huyeron los colores
En la noche brutal de luz extrema
Del aire desollado con cal viva,
No morimos la muerte, la vivimos.
De cainita, Señor, fue tu destino.
Yo fui tu Abel, Señor, yo fui tu Abel.
Yo no tengo la culpa de estar vivo.
Como un delirio me tentó el suicidio
Que sí pude romper abandonándome
A la suerte de mi segunda muerte.
Ya no estaba solo.

Estaba conmigo,
Y vestido de honra y hermosura
Alababa mi alma el alba que me canta,
Me metía en mí mismo
De tal modo que no fui sino ombligo.
Himno de sol, oda de abismo.

Todo es amor y muerte y melodía.
Roer Tu cielo, así también Tu soledad.
Todo es del Tiempo inválido reproche,

Una es la vida y el morir es una
Misma flama amante,
Y con mi corazón mido la noche.

Naciste en las raíces de la danza
De una selva mítica,
De una herida fáustica.
Cuando Te conocí, oí cantar los ángeles.
Eras el mar,
Unánime belleza ya sin áncoras.

Acabo de nacer y ya estoy muerto.
Yo no sólo nací para morirme.
A cada instante pierdo la vida y la reencuentro.
Yo no sólo nací para pudrirme.
En guerra con el aire, abrazo el aire:
Tu cuerpo ciño, imagen soberana
De todo aquello que la vida otorga
Cuando su dicha nómada derrama.

Eres cruel como una trampa de pájaros,
Eres mi Todo, y en Ti me sumerjo
Para soñarte hasta encontrarte
Y, soñada, encontrarte sin ocaso.
Sigo velando mis rasgadas velas.
Escogí la miseria como un lujo.
Todos los pasos se hunden en la noche
Que no espera ni a la alondra ni al búho.

Bañé Tu cuerpo en lágrimas,
Lágrimas de alegría.

Y era Tu cuerpo un arpa
Cantando sus festejos de colinas.
Que Te amé supe con mi hoguera y mi martirio
Desde Tus uñas hasta Tus nebulosas,
Con mi sucia pasión y con mi lirio
Impar y con mi más puro absoluto.

Un rizo se mece sobre Tu frente,
Sobre las tapias del jardín, las buganvillas,
En el azul, la nube:
Todo es Uno en mí y es lo Otro siempre.
Yo soñaba que besaba Tus manos pero estaba despierto.
Besaba Tus colores de sabor melodioso.
Con qué ahínco en cóncavos oasis
Latía Tu estrella devorante.
Batido más que por Tu huracán por Tu suspiro,
Soy la lumbre, la hermandad en lágrimas
De Tu cráter, la férvida cantata
De la fuente en la sed de Tus jardines.
Desnuda eres alba sostenida,
Eres mi ruiseñor, rosa que canta.
La rosa niña por la luz pulida
Con sonrisas que son Tus nubes dispersadas.

Quiero la ultralucidez del ángel
Meditar y sentir igual que el fuego
Cantar como los árboles y el agua
Y tener la memoria de los pájaros
Ebrios de cielo vuelven a sus primeros lares
Pero no quiero ser como las piedras
De profunda materia de ojos muertos

Que de pronto se abren en diamantes
Donde la luz se agolpa en sobresaltos
Y son nomás silencio y esponjas de reflejos.

...Y recordé tus rosas, Vida, cuando niño,
Tus manzanas, tus dudas, tus racimos,
Y supe que estar vivo o estar muerto
No lo sabremos nunca y nunca lo supimos.

Ni la muerte o la vida esconde algún sentido.
Todo es Ahora, y no hay mañana
En la gloria de ser o no haber sido.
Ah qué alivio no tener ni esperanza.

Oh qué cielo imposible a pájaros soñados,
No sé decir mi nácar, las estrellas contar y las arenas.
Oh qué fuente cantando a tus pies adorados.
No sé cómo callarme para siempre si sigo viendo el cielo.
Bellos el pavorreal y la oropéndola
Por su plumaje; por su sueño, el hombre,
Y por su empeño cósmico, la abeja.
Gemelos son ante la muerte espléndida.

Siempre justa modesta sin alarde
Galana suave amiga fiel que me acompañas
Aun cuando mi sombra se pierde y no me nombra
Me traes con derroche Tu homenaje
Yo amé todos los seres y las cosas
De los Tres Reinos y los Cuatro Elementos
Y las cuatro Estaciones que son cinco
Y el sueño con sus cosas borrascosas
No sé si ahora es mi fervor la vida

No sé si la Muerte es mi fervor
Cielo trizado por mis golondrinas
Ya sólo sé que dudo de mi duda
Con un torvo sabor de teología
Yo sólo sé que cada día
Más eterna es la Muerte.

Aquí estoy
Creo en todo
En nada creo
No estoy
Creer no tiene sentido
Es forma del vacío
Sin creer en todo
Sin creer en nada
Para qué ser.

Mi cuerpo produce milagros
Produce nardos
Que son la misma cosa
El hombre no rompe sus límites
De mosca contra el vidrio.

Rompí el vidrio
Estoy en el Mar
El Mar no existe
Tampoco el vidrio
Tampoco existo.

Yo soy una mentira de los dioses
Los dioses nunca dicen la verdad

Los dioses mienten para existir
Yo Lázaro soy y muerto estoy
Desde siempre.

Ni vivo ni muerto, desenraizado
De una dicha sin tregua navegante,
Informe de no ser ni luz ni sombra
Pez volador, muda alondra del mar,
Al diablo, no me voy, en Dios no creo,
Vivo de soledad, de soledad me muero.
Por dédalos del mar del caracol
Arrastrado hasta el fondo de su vórtice
De inmensos paraísos inmortales,
Cielo inverso inaugurando cosas reales:
Por el revés he vivido mis días
De rescatar lo novel de mi suerte
Y mis llegadas fueron despedidas.
Yo sentía mis ojos clausurados
Y mi alma abierta sólo a mirarse a sí misma,
Vomitando las brasas de mi infierno
De ser póstumo Fénix de la vida.

Yo no amo a quienes no aman la vida.
Yo no amo a quienes no aman la muerte.
Yo no amo a quienes el amor no aman.
Yo sé que no existe lo que no puedo nombrar.
Yo sé que todo es inefable.
Yo sé que por eso estoy muerto.
Yo sé el sin fin presente de la nada.
Yo sé el divino estupor de la muerte.

No sé si estoy vivo
Si viejo maniqué soy ciego y yerto
Una ola desnuda sin espuma
Como noche sin alba como luz sin sonrisa
Mi cuerpo se recubre de soles de bolsillo
En el alba natal de mi laúd
En la noche solar de mi ataúd
Me has vuelto un clavo sin martillo
Una moneda al aire que no cae
Un lirio ambiguo Lázaro anfibio.

Nací reconciliado con la muerte
Siempre amena, siempre diligente.
Que no hay nada,
Ya lo sé;
Pero nunca lo sabré.
No es sino a sí misma que la nada es igual
Yo vi morir a la muerte inmortal
Se agotó mi esperanza;
No mi deseo.
Maduro estoy, no por el tiempo
Ni por mi pensamiento.
Por mi desistimiento estoy maduro.
Siempre, siempre, es tarde
Y sin embargo vivo la fábula del mundo.
Estoy triste, triste, y muy tristemente
Mi tristeza disfruto
De sombra de una sombra.
Que no nombra.

Imagen Tuya, Lya,
Que amo más que a ti misma.
Era Lya su imagen y ella misma.
Barca, blanca de adioses, sonreía.

Su mirada vacía
Plena de muerte viva
Y ceniza amarilla

Soñamos que vivimos
Soñamos que morimos
En lo sin espacio en lo sin tiempo
Cuando la voz cainita me levanta
Mi gloria de no ser amor pacía
Y mi día en harapos fue tronco sin retoños
(Recuerdo de John Donne)

Yo no soy nada,
Estoy vivo.

Tú eres Todo,
Estás muerta.

Te tiene la divina Reina,
Se acabó el Tiempo,
Para más que siempre.

Al nomás pisar el umbral de luz eterna
Que te ciega, ya no eres tú, tienes en ti
La misma eternidad que el primer hombre
Que pisó la Eternidad.

Oh, Madre lujuriosa, oh, Madre suma,
Oh, lis de luz finísima feliz,
Oh, marrana putísima que hozas
Los supremos carates de la espuma.
Nos dormimos y seguimos de largo
O despertamos
Alguna vez seguiremos dormidos caminando
Sin saber que estamos dormidos
Sin saber que caminamos
Sin saber que despertamos.

¿Por qué me olvido de la aurora,
Del mediodía,
Y la noche prefiero?

Me da la sensación de ser eterna.
Las horas se anularon en ella.
Cada noche es eterna
Con sus resurrecciones,
Soy otro cada día,
Que repite su ciclo igual y diferente
A los jalones de las Estaciones.

¿Es el sueño esa Quinta Estación adivinada
Más allá de la Primavera que me entristece,
De la noche y su aleve vacuidad cotidiana?

La suma de mis noches es mi vida,
Vinimos a soñar que soñábamos
Como una desvelada barca alada
Saharas de mareas tenebrosas y pálidas.

El porvenir no llega nunca
La muerte a cada instante está llegando
Cada mañana amanezco
Con raíces de pájaro
Soy un árbol con alas
Es un epitalamio
Mi epitafio.

¿Anhele el martirio de lo eterno
 Anhele ese castigo
 Sabiendo que la Eternidad a nada sabe
Sabiendo que lo eterno es pústula de horror
Donde cesó el goce de las metamorfosis
Donde no hay sueño y todo es realidad
Donde no hay azar ni hay amor?
Yo no quiero ser bíblico
 Yo quiero mis sandalias viejas, quiero
 Mi cayado apagado, mis ovejas.

Anhelé no sé qué
Encallar no sé dónde
Imaginamos que vivos estamos
Porque horas y minutos contamos
La Muerte no es igual sino a sí misma
La muerte inmortal que vive siempre
En cada uno de nosotros que no somos lo mismo
Pero también morimos en cada hombre que nace
Si bien la aurora cada día dora la vida

Lázaro y Segismundo se cruzaron,
El uno invisible para el otro.
Dos teas cuya luz no dona sombra:
Es muy bella la vida porque es sueño,
Porque existe la muerte que te nombra.
Con el alma habla Lázaro, por ello sin sentido,
Como una indecisión a la deriva.
No iba a contracorriente, iba
Como la fuente sucesiva.
El mar avanza cabalgándose y nunca se alcanza.
Lázaro era como el mar.
Su Verdad verdadera, Verdad de polvo era
Oh primera y postrera primavera
Y de distancia y edades imprecisas.
Con estupor de topo encandilado,
Denso de tierra grávida, como de miel la abeja,
Embarrado de niebla,
Brotaste de la viva gorda tierra roja
De orígenes del roble militar,
Del liquen y el tomillo,
Chorreando tierra espesa que nunca ha visto el cielo,
Chorreando asombro tus rudos muslos súbditos,
Chorreando espacio, como tambor batiente,
Chorreando tiempo tu cuerpo de raíces,
Inhóspitas las manos, los labios apagados.
¡Qué sed de Nada en tus huesos deslumbrados!

Qué vida es ésa de la cual volviste
Qué rojos y qué celestes navegaste
Y qué no vistas cosas allá viste

Dime oh dime cómo es estar allá
Donde toda imaginación se rinde
Antes de imaginarlo
Allá acaso aquí
Quién sabe dónde
Sin tiempo ni distancia.

Ah, es dulce, dulce la vida.

Una sonrisa del cielo es el día
En el jade de los olivos.
La uva encinta de la ternura
Del sol asunta ya en ambrosía púrpura.
Ah, es dulce, dulce la vida.

María es bella como una espiga fiel.
Es bella Marta como mi cítara de miel.

Rubia es la una como sol y lluvia.
Bruna es la otra como sueño y luna.

Marta y María son el mediodía.

Como la eternidad, la luz fue fina y ciega.
Soplaba brisa fresca y como ellas tierna.
Ah, qué par de gacelas
Prolongando en sus hombros las colinas.

Qué maravilla verlas.
Son la sonrisa de la luz del día.

La tarde llega.
Hay una estrella: duda
Trastabillando
En ocaso morado.

Lya,
Hartura de ventura hay con tu rostro.
El cielo está en tus labios.
Linda, la vida.

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

Nació en Antigua Guatemala en 1901 y murió en 1992 en México. Poeta, ensayista, narrador, crítico de arte, periodista cultural e intelectual polémico. En todo cuanto escribió dejó su marca altísima de poeta. A los dieciséis años viajó a Nueva York y Francia en donde tuvo trato personal con los surrealistas. Fundó la *Revista de Guatemala* en 1945. Exiliado en México, donde se consolidó como el más importante crítico de las artes plásticas de ese país. Es un autor de culto de la intelectualidad latinoamericana.

Dada su formación en las escuelas de vanguardia, no es de extrañar que su escritura atente contra la retórica anterior, en particular contra el criterio de géneros literarios definidos. De ahí que, incluso, practique la mezcla de géneros en un solo libro. A ratos es difícil saber si uno está leyendo un poema en prosa, un ensayo, una crónica o narrativa; en todo caso buscó que la sustancia poética estuviera en todos ellos.

Entre sus libros destacan: Poesía: *Luna Park. Instantáneas del siglo XX* (1923), *Maelstrom. Films telescopiados* (1923), *Torre de Babel* (1930), *Poesía* (1943), *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo* (1948), *Dibujos de ciego* (1969), *Quinta estación* (1972), *Poesías completas y algunas prosas* (1977), *Lázaro* (1992). Narrativa-ensayo: *El río, novela de caballerías* (1986). Biografía-ensayo: *Guatemala, las líneas de su mano* (1955), *Miguel Ángel Asturias, casi novela* (1991). Ensayo: *Carlos Mérida* (1927), *Rufino Tamayo* (1934), *La nube y el reloj* (1940), *Orozco* (1942), *Apolo y Coatlicue* (1944), *La Revolución Guate-*

malteca (1955), *México: pintura activa* (1961), *México: pintura de hoy* (1964), *José Guadalupe Posada* (1964), *Círculos concéntricos* (1967), *Malevich. Apuntes sobre su aventura icárica* (1983), *Diego Rivera* (1986), *El brujo* (1992), *André Breton, atisbado sin la mesa parlante* (1993). *Periodismo cultural: Tierra de belleza convulsiva* (1991).

CONTENIDO

Carta del Dr. Alejandro Giammattei a los lectores	7
Lecturas Bicentenarias: Un recorrido histórico por las letras guatemaltecas	9
Presentación editorial	11
Luis Cardoza y Aragón: una autobiografía poética	17

LUNA PARK

III [Nos mata la Esfinge...]	25
IV [Solitario...]	26

MAËLSTROM, FILMS TELESCOPIADOS

Natividad de Nuestro Señor el <i>Clown</i>	31
<i>Complainte</i> de Jules Laforgue	33

QUINTA ESTACIÓN

V [Ni la sutil mañana o la maciza...]	39
Radiograma a Don Luis de Góngora	40
Casi sonetos ahogados del ahogado	41
1 [Soy esa lluvia añil, lunar, herida...]	41
2 [Siento caer la nieve de la luna...]	42

CUATRO RECUERDOS DE INFANCIA

IV. Ciudad Natal, Guatemala La Antigua	45
--	----

ENTONCES, SÓLO ENTONCES...

II [La voz del caballo...]	55
XVI [Oh qué vano empeño quererte reducir]	56

SOLEDAD

VI [Solo está el hombre...]	59
VII [En tus playas de amargo frenesí devorante...]	60
VIII [He nacido en el humo...]	61
X [Yo te acompaño, soledad hermosa...]	62
Soledad de Federico García Lorca.....	63
Animales de la soledad	66
Canto a la soledad.....	68
Soledad de la fisiología	72

EL SONÁMBULO

I [Vela sin viento que no fue rumbo...]	81
II [Porque en el cielo un lirio es aún arma prohibida...] ..	82
XII [Vela sin viendo que no fue rumbo...].....	83

VENUS Y TUMBA

[Vedla, sobre mi corazón...]	87
Paisajes de Coatlicue	89
1 [Oigo dentro de mí...]	89
2 [Dulce tierra violenta, agria y enternecida...].....	90
3 [Eres el mundo que sin cesar estalla...].....	91
4 [Tus corales de estatua que no duerme...].....	91

PEQUEÑOS POEMAS

A Rafael Landívar	95
Sí [Adán vio por mis ojos y calló en mis labios...].....	97
C. V.	98
R. D.....	99
L. C.	100
Para Walter y Lilian.....	100
Laurel	102
Sí[No haber vivido: vivir].....	102

RAFAEL LANDÍVAR

[<i>Bienvenido, campana de la torre más alta</i>].....	107
Raíz al aire.....	114
Jorge Gaitán Durán.....	118

ARTE POÉTICA

[Te quiero con la cara lavada...]	121
[El mar es una sonaja en tu mano...]	121
[No escribo a mano...]	121
Dedicatoria total	122

ELOGIO DE LA EMBRIAGUEZ

[Lo que es inesperado...]	125
---------------------------------	-----

PEQUEÑA SINFONÍA DEL NUEVO MUNDO

[—¡No; no es cierto —dijo el pino —, no es cierto!...].....	131
---	-----

DIBUJOS DE CIEGO

I [Lo que escribes es como hablar dormido...]	141
II [Para escribir libremente debes principiar por...]	142
VI [Escribías su nombre en hojas de hiedra...]	150
VII [El mundo está hecho para ti de mediodías...]	153
XII [Secundino, el albañil...]	157
XXI [En la infancia llovía más fuerte...]	158
XXVI [Pintabas para ti obras maestras...]	161
XXIX [Haciéndole la autopsia al mar...]	161
XXXII [En la jaula del parque zoológico...]	162
XL [Alguien te ocupa...]	163
XLII [Sentados frente al mar...]	163
XLV [Amor, muerte, infinito...]	164
XLIX [Embalsamaste y adornaste a tu infancia...]	164
L [Al probable niño que fuiste...]	165
LI [Como hablar dormido...]	165

LÁZARO

[Cuando El Hombre de la túnica blanca...]	169
[¿Renacer es más fuerte que la vida o la muerte?...]	170
[Yo fui, Señor, tu Adán...]	170
[Todo es amor y muerte y melodía...].	171
[Naciste en las raíces de la danza...]	172
[Acabo de nacer y ya estoy muerto...].	172
[Un rizo se mece sobre Tu frente...]	173
[Quiero la ultralucidez del ángel...]	173
[Siempre justa modesta sin alarde...]	174
[Aquí estoy...]	175
[Mi cuerpo produce milagros...]	175
[Ni vivo ni muerto, desenraizado...]	176
[Yo no amo a quienes no aman la vida...]	176

[No sé si estoy vivo...]	177
[Nací reconciliado con la muerte...]	177
[Imagen Tuya, Lya...]	178
[Yo no soy nada...]	178
[Al nomás pisar el umbral de luz eterna...]	178
[¿Por qué me olvido de la aurora...]	179
[El porvenir no llega nunca...]	180
[¿Anhelo el martirio de lo eterno...]	180
[Anhelé no sé qué...]	180
[Lázaro y Segismundo se cruzaron...]	182
[Qué vida es ésta de la cual volviste...]	182
[Ah, es dulce, dulce la vida...]	183
[La tarde llega...]	184
Luis Cardoza y Aragón.....	185

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN
LECTURAS BICENTENARIAS

01 * *Popol Vuh*

(Traducción de Francisco Ximénez)

02 * *Rusticatio Mexicana*

Rafael Landívar

(Selección de Francisco Morales Santos)

Traducción de Ignacio Loureda)

03 * *Poesía Periodismo Personaje*

María Josefa García Granados

(Selección de Enrique Noriega)

04 * *Poesías*

José Batres Montúfar

05 * *Cuadros de costumbres guatemaltecas*

José Milla y Vidaurre

06 * *El despertar del alma*

Enrique Gómez Carrillo

07 * *Poesía de Luis Cardoza y Aragón*

(Selección de Enrique Noriega)

08 * *La Oficina de Paz de Orolandia*

Rafael Arévalo Martínez

09 * *Romances de la barriada*

Manuel José Arce y Valladares

10 * *Cuentos*

César Brañas

(Selección de Francisco Morales Santos)

11 * *El Señor Presidente*
Miguel Ángel Asturias

12 * *El Resucitado*
José Humberto Hernández Cobos
(Estudio preliminar de Delia Quiñónez)

13 * *La Oveja negra y demás fábulas*
Augusto Monterroso

14 * *Antología personal de poesía*
Margarita Carrera

15 * *Cuentos de Joyabaj*
Francisco Méndez

16 * *Cárcel de árboles*
Rodrigo Rey Rosa

17 * *Sq'aqaw yechel aqanej / Gemido de huellas*
Sabino Esteban Francisco

18 * *Poemas grises*
Isabel de los Ángeles Ruano

19 * *Eva y el tiempo*
Lorena Flores Moscoso

20 * *Esta desnuda playa*
Ana María Rodas

21 * *La Independencia:
Su bicentenario (1821-2021)*
Enrique Noriega

Poesía de Luis Cardoza y Aragón, se terminó de imprimir en los talleres de Grupo Impresos Unidos S. A. (6.^a calle 11-17 zona 2, Ciudad de Guatemala) mes de noviembre de 2021, a 200 años de fundación de la República de Guatemala. El tiraje fue de 1,000 ejemplares, impresos sobre papel bond *beige* de 70 g.

HONESTO CONSIGO MISMO HASTA EL FINAL, antes de desaparecer físicamente, Cardoza y Aragón se rehúsa a legarnos el resobado mensaje de la bondadosa sabiduría de los años; no hay tal, su rebeldía intelectual sigue intacta. El mundo es una sucesión de hechos irreales en los que nos consumimos a diario, para luego renacer y repetir el ciclo absurdo de eso que llamamos vida. Lázaro en la piel de Segismundo.

Y he aquí la conclusión final a la que nos conduce esta obra póstuma: la afirmación radical que este gran individualista nos deja como herencia para comprender el eterno embrollo de Ser y de Estar en el mundo: “La poesía es la única prueba concreta de la existencia”.

LECTURAS BICENTENARIAS es una colección conmemorativa impulsada por el Ministerio de Cultura y Deportes a través de Editorial Cultura y del Banco de los Trabajadores. Los libros seleccionados conforman una pequeña muestra de las obras fundamentales de la literatura guatemalteca de los últimos siglos; con la intención de alimentar el catálogo de la red nacional de bibliotecas públicas de Guatemala, así como para el deleite de los lectores que deseen conocer su presente, a través de las voces de grandes mujeres y hombres que trascendieron a su tiempo por medio de la palabra que hoy nos convoca, para nombrar a este país desde el entramado de la memoria colectiva.

ISBN: 978-9929-774-39-1



9 789929 774391



GOBIERNO *de*
GUATEMALA
DR. ALEJANDRO GIAMMATTEI

MINISTERIO DE
CULTURA Y
DEPORTES



BANTRAB